

índice

60
cents.

COMITE DIRECTIVO:
Mariano Picón-Salas, Raúl Silva Castro,
Ricardo A. Latcham, Eugenio González,
José Manuel Sánchez.

Año I. Núm. 10.
SANTIAGO DE CHILE, ENERO DE 1931

ORGANO DEL GRUPO "INDICE"
Mensuario de cultura actual, información,
crítica y bibliografía.
DIRECCION POSTAL: Clasificador 24-A.

EN ESTE NUMERO INTELIGENCIA Y POLITICA

Ricardo Latcham:
Inteligencia y Política.

B. Sanín Cano: **Bajo el Signo de Marte.**

Vicente Huidobro:
Jimena.

R. Silva Castro:
Portales, o el hombre de la antítesis.

Torres Bodet: **Dos Poemas.**

Francisco Frías: **La revolución económica del siglo XVI.**

M. H. Lavachery:
La arqueología y el arte en México.

Jorge Matta Correa:
La nueva evolución política hindú.

Comentarios de arte: **Genealogía del Salón Oficial de 1930.**

Crítica de libros.

Crónica.

Revista de Revistas.

Nunca se ha visto más patente en el escenario hispanoamericano el drama de la inteligencia: sin embargo, Waldo Frank en el primer capítulo de su libro sobre América Hispana, publicado en el "Scribners Magazine" confía en una reacción que haga posible el cambio de rumbos en el Continente. La clase intelectual de Sud América, pese a todos sus defectos y limitaciones, es la parte más sana. La aristocracia vive de un pasado que no emociona y ha perdido el arraigo que hizo posible sus revoluciones frondistas en el siglo XIX. Hoy no sería concebible una unión de patronos y de "rotos" como en 1891. Se han aniquilado los resortes que trababan a ese conglomerado rutinario y latifundista con el trabajador de campos y ciudades.

La clase media no tiene concepto de su valer y vive de préstamos a la clase alta, que la dirige en modas, costumbres y maneras. Además, salvo en núcleos intelectuales y pedagógicos, es una clase sin conciencia ni sentido de las proporciones. De sus filas salen todos los arribistas del instante. Si tuviera, como en Francia, conciencia de su fuerza, la cosa andaría de otra suerte; pero en Sud América el "snobismo" es una epidemia incurable. Una invitación a comer, un cigarro puro obsequiado a tiempo, un convite a un palco, un enlace oportuno destruyen toda altivez y forman el beleño adormecedor de cualquier rebeldía. Pero, en el fondo del escenario político, existe arrinconada otra clase, ni alta ni media, que en lenguaje frankiano podría denominarse "el núcleo de la INTELIGENTZIA". Esta porción selecta del mundo sudamericano ha sido menospreciada por todos, tanto por los caciques de ayer como por los arribistas de ahora. Los antiguos políticos sólo cultivaban al escritor seguro, al hombre de partido, al hondero propicio al lanzamiento de una pesada piedra sobre el adversario. Cuando un intelectual se adscribió a las agrupaciones denominadas Alianza o Coalición, ya se sabía que su horizonte mental sería limitadísimo como los rumbos sociales de sus primates.

Por esto, los escritores vivieron en parajes espléndidos de aislamiento, como leprosos de la sociedad. Así han surgido esos hombres magníficos que se llaman Mariátegui, Palacios, Barret, Sanín Cano y Pocaterra. Cuando el grumo dejado por las rebeldías y sacrificios de cien ideólogos y por la prédica de muchos idealistas cuajó en un decaimiento aparente del edificio tradicional muchos creyeron en el advenimiento de la inteligencia al poder. Sólo un desengaño más se pudo registrar en el debe de los optimistas.

Sud América tiene más desarrollado que nunca el arribismo. Fórmulas nuevas, externas y manidas, de pretensos intelectuales dominan en algunas partes, como el Cesarismo Democrático de Vallenilla y la tontería disfrazada de saber de un Lamar Schwyer. Nada hondo y afincado en la espesa y triste realidad continental. Los grupos de donde surgen las ideas más sanas y que forman, por decirlo así, la sal del continente, aún no se hallan contaminados. Parte de los escritores muéstrase abatida. Muchos se rinden también; pero la parcela más saneada aún da su batalla en la sombra y en la soledad.

La inteligencia siempre inspiró todo cambio y de su reino

parte cuanto significa mejoría social y esperanza espléndida en la Humanidad. No se puede declarar muerto el porvenir de América mientras una minoría inteligente y culta vele por sus destinos.

Los fracasos, pesimismo y contrariedades que acumula el instante, propicio a todo desencanto, sólo forman una trepa de oscuridad, en este panorama.

La inteligencia tiene sus fueros y sus armas, que no vence una derrota aparente. El mundo del espíritu posee armas complejas y resortes seguros. No se habría podido llegar a esta primera etapa renovadora de América sin el esfuerzo silencioso y tenaz de esa minoría que no se abatía.

El momento quizá no sea propicio a un advenimiento del régimen de la inteligencia pura, pero hoy está más cercana la etapa en que se avalora lo intelectual por sobre los técnicos y los políticos improvisados.

El técnico no puede dirigir a pueblos complejos como estos de América. El técnico no tiene corazón ni sentido de humanidad. No posee arraigo en la Madre Tierra y quiere analizar sus problemas con un común denominador de estulticia pseudo científica. El nuevo político tampoco siente el complejo continental. Los nuevos políticos tienen los defectos de los otros, sin las virtudes aisladas de esa minoría inteligente que dió grandes caudillos e ideólogos: Sarmiento, Alberdi, Núñez, Linares, Mentalvo, González Prada, Uribe e Irigoyen.

Sin embargo, al decir que la etapa de la inteligencia se aproxima, no significamos con ello que su deber inmediato sea

(Continúa a la vuelta).

BAJO EL SIGNO DE MARTE

El problema de la educación secundaria tiene, en nuestro país, actualidad permanente. Congresos pedagógicos, artículos periodísticos, declaraciones oficiales, han examinado el tema desde todos los puntos de vista imaginables y han propuesto soluciones contradictorias. Como muchos graves y doctos espíritus piensan que lo más conveniente es implantar una educación secundaria de tipo humanista, basada en el aprendizaje del latín, consideramos oportuno reproducir el artículo en que el prestigioso ensayista colombiano B. Sanín Cano comenta, con fino acierto lo que pudiéramos llamar la "superstición clasicista".

Se discute actualmente el tema de la educación secundaria. Los escritores madrileños que han estado excitando el pensamiento de sus lectores con esta remolida cuestión parecen cifrar su mayor empeño en que el estudio de las lenguas griega y latina y el de las matemáticas forme parte sustancial de la educación secundaria. Para defender al griego, al latín y a las matemáticas se ha vuelto al viejo recurso de decir que el latín es necesario porque es la madre del idioma español y también porque la adquisición de aquel idioma clásico, aunque carezca de aplicación en el resto de la vida, envuelve una gimnasia mental, tan útil para el desarrollo de las facultades del conocimiento como la calisténica para el competente vigor de los músculos. Otro tanto se dice de las matemáticas. Tal vez nunca le ocurrirá en su vida a un bachiller dedicado más tarde a la carrera del periodismo hacer uso de las tablas de logaritmos o de la ecuación de la elipse, pero el haber aprendido cómo se hacen las unas y cómo se deduce la otra, dejó en su mente capacidad de concentrar la atención y de hacer deducciones y comparaciones.

Cuanto a que la lengua del Lacio sea la madre del español, cabe hacer algunos reparos. Sin duda, la metáfora es inadecuada. Ninguna de las variadas formas de generación observables en las especies orgánicas es comparable a la formación de lenguas nuevas. La reproducción de los animales superiores supone la existencia de dos sexos y la procreación de seres en quienes se repiten más o menos fielmente los caracteres del padre o de la madre. La reproducción por medio de estacas o ramas prendidas de un vegetal no es propiamente reproducción: es una pro-

longación del individuo con todos sus caracteres. En ciertas formas, de animales rudimentarios se da la reproducción fisiológica, en la cual un fragmento del padre o de la madre se desenvuelve, adquiere vida individual y repite la estructura materna o paterna. Ninguno de estos procedimientos es de la variada fecundidad de la Naturaleza es comparable al modo como se forman las lenguas. Gastón París formuló, sin duda muy atinadamente, la ley de la formación de lenguas nuevas, diciendo que no nacen de otras, sino que es la misma lengua hablada de otra manera, a causa de la diversidad de ambientes en que se propaga y de ponerse las gentes que se sirven de ella como medio de comunicación en contacto con otros pueblos. El español es, pues, no una lengua hija del latín, sino el latín hablado de otra manera. En un tiempo solía decirse que es latín mal hablado; pero no hay lenguas mal habladas o, mejor dicho, no es mal hablada la lengua por medio de la cual se entienden entre sí los individuos que forman un pueblo, un Estado o una Nación. La lengua que se entienda desde el Cabo de Hornos hasta los límites del Perú por toda la costa occidental de América es una lengua bien hablada para los individuos que habitan ese país. Podrá haber individuos que conozcan esa lengua mejor que otros, que posean un léxico o un trazar más abundante que sus conterráneos, pero en cuanto el idioma sirve de lazo al entendimiento de toda las gentes, no puede decirse que sea una lengua mal hablada; podrá ser otra lengua: es injusticia decir que esté mal el expresarse en ella. Cuando el latín que hablaban los españoles del siglo X, pongamos por caso, era inteligible para los grandes grupos de pueblos peninsulares, aunque fuera distinto de la lengua de los romanos, había adquirido categoría de lengua y nadie tenía derecho de llamarla latín bárbaro o idioma mal hablado.

Hoy se invoca la necesidad de aprender el latín de Cicerón, de Virgilio y de Horacio para lograr un conocimiento cabal del idioma castellano. Con todo el respeto que merecen aquellos autores, hay razones que merecen más o menos fielmente los caracteres del padre o de la madre. La reproducción por medio de estacas o ramas prendidas de un vegetal no es propiamente reproducción: es una pro-

longación del individuo con todos sus caracteres. En ciertas formas, de animales rudimentarios se da la reproducción fisiológica, en la cual un fragmento del padre o de la madre se desenvuelve, adquiere vida individual y repite la estructura materna o paterna. Ninguno de estos procedimientos es de la variada fecundidad de la Naturaleza es comparable al modo como se forman las lenguas. Gastón París formuló, sin duda muy atinadamente, la ley de la formación de lenguas nuevas, diciendo que no nacen de otras, sino que es la misma lengua hablada de otra manera, a causa de la diversidad de ambientes en que se propaga y de ponerse las gentes que se sirven de ella como medio de comunicación en contacto con otros pueblos. El español es, pues, no una lengua hija del latín, sino el latín hablado de otra manera. En un tiempo solía decirse que es latín mal hablado; pero no hay lenguas mal habladas o, mejor dicho, no es mal hablada la lengua por medio de la cual se entienden entre sí los individuos que forman un pueblo, un Estado o una Nación. La lengua que se entienda desde el Cabo de Hornos hasta los límites del Perú por toda la costa occidental de América es una lengua bien hablada para los individuos que habitan ese país. Podrá haber individuos que conozcan esa lengua mejor que otros, que posean un léxico o un trazar más abundante que sus conterráneos, pero en cuanto el idioma sirve de lazo al entendimiento de toda las gentes, no puede decirse que sea una lengua mal hablada; podrá ser otra lengua: es injusticia decir que esté mal el expresarse en ella. Cuando el latín que hablaban los españoles del siglo X, pongamos por caso, era inteligible para los grandes grupos de pueblos peninsulares, aunque fuera distinto de la lengua de los romanos, había adquirido categoría de lengua y nadie tenía derecho de llamarla latín bárbaro o idioma mal hablado.

Hoy se invoca la necesidad de aprender el latín de Cicerón, de Virgilio y de Horacio para lograr un conocimiento cabal del idioma castellano. Con todo el respeto que merecen aquellos autores, hay razones que merecen más o menos fielmente los caracteres del padre o de la madre. La reproducción por medio de estacas o ramas prendidas de un vegetal no es propiamente reproducción: es una pro-

inteligencia y política

la posesión del poder. Analizar, medir, aglutinar, coordinar fuerzas y pulsar problemas debe ser, por ahora, su tarea. Otras gentes fracasaron por no sentir verdaderamente la densidad de nuestros problemas y aplicar frías recetas a los calientes criollos, al paisanaje ardecido del ancho campo americano.

continentes. Mientras esa hora llegue, todo cambio será efímero y las evoluciones más aparentes que reales. En América no hubo transición desde la oligarquía dominadora hasta sus herederos de la clase media y de la burguesía adepta a toda situación por razones económicas y de clan financiero. Así puede verse que la hora del nacionalismo se aleja cada vez más. Los ministros pasan a ser agentes de compañías ex-

tranjeras, como el caso del Perú. La Standard Oil se mete en los asuntos de Argentina, después de un largo ostracismo. El salitre, el petróleo, el caucho y otras materias sustantivas ponen en juego intereses y vigilancias que no dejan saltar una oportunidad sin imponer a sus voceros. Para llegar a él hay que estar limpios de espíritu y con la mente muy depurada. El fracaso de otros hombres y de otras actitudes vitales hará también mañana más accesible al advenimiento de su instante. Pero esto debe ser tema de otra meditación.

R. L.

JIMENA

Han pasado dos semanas. Jimena, en una sala del castillo de su padrino el conde Lozano, está bordando un tejido. Junto a la ventana, su nodriza mira el campo hacia lo lejos. Su nodriza hace las veces de madre, pues así su madre se lo encargó en el lecho de muerte, y cuando el conde Lozano, cumpliendo el juramento que había hecho a su padre, también al momento de morir, se llevó a Jimena, entonces tan niña que apenas empezaba a hablar, se llevó con ella a su nodriza.

El conde Lozano, hombre orgulloso, hosco y solitario, no sabía el cariño que iba a tomar a la niña, ni se creía capaz de tales blanduras de corazón. Jimena ocupó pronto toda el alma de aquel hombre altanero, sin hijos y viudo desde hacía muchos años.

El conde, dado por entero a las intrigas de la corte y a los negocios militares, dejaba a la nodriza al cuidado de Jimena, pues sabía que aquella era una de esas buenas amas españolas, querendonas, abnegadas hasta el fervor y que ponen toda su vida al servicio de quien sirven.

El conde tenía sus ojos en Jimena y la nodriza en ambos. El conde adivinaba los deseos de Jimena y la nodriza adivinaba los deseos de los dos. Además, Jimena gustaba poco de salir de su casa, y a excepción hecha de la madre de Rodrigo, casi no visitaba a nadie. Sólo a las infantas que son primas suyas, cuando su padrino la llevaba a la corte. Pero de las infantas tenía cierto recelo, sobre todo de la infanta doña Urraca, que tanto admiraba a Rodrigo. En esa admiración ella creía ver tal vez un amor secreto, y no olvidaba que la infanta pasaba a menudo temporadas en Zamora, al mismo tiempo que Rodrigo, ambos bajo la tutela de Arias Gonzalo, que era mayordomo mayor de la reina y de las princesas y que mucho quería a su sobrino Rodrigo.

Jimena piensa: "Rodrigo no se atreve a mirar tan alto, pero si se diera cuenta que doña Urraca le ama, tal vez se atreviera, y entonces..." A este solo pensamiento, "¡Dios mío!", gritó Jimena. Al oír la nodriza, volvió la cabeza preguntando: "¿Qué tienes, niña? ¿Qué te ha pasado?" "Nada" responde Jimena; "me he picado el dedo. — Y se llevó el dedo a los labios. — ¡Qué hermosa estás — dice la nodriza; — si te viera Rodrigo! Apostara cualquier cosa a que estabas pensando en él. Un olor a Piel de España y a Chipre de Coty se esparcía por la habitación.

Realmente, Jimena estaba hermosa. ¡Y cómo no había de estar hermosa, si era una mujer hermosa! ¿Habéis visto algo más hermoso que una mujer hermosa? Jimena era una estatua griega. Tenía un cuerpo de palmera, un cuello de cisne, unas manos de lirio. Tenía una nariz perfilada, perfecta; unos labios de coral, unos ojos inmensos y profundos como dos lagos en la noche. Después de haber cumplido con todos los ritos de la mala poesía, Jimena entraba de lleno en la belleza. (En este momento aparece delante de la mesa del poeta la sombra del Cid.)

Habla la sombra del Cid:

Poeta, te equivocas. Jimena no era una belleza griega, era una belleza española. No tenía cuerpo de palmera, ni cuello de cisne, ni manos de lirio, ni nariz perfilada, ni labios de coral, ni ojos de lagos nocturnos. ¡Qué sandios sois los poetas! ¿Por qué comparáis a la mujer con todas esas cosas? ¿Habéis visto algo más hermoso que una mujer hermosa? ¿Por qué no comparáis más bien esas cosas con una mujer? Ya sería algo mejor. Decid que una palmera tenía cuerpo de mujer, hablada de un cuello de cisne hermoso como un trozo de coral como unos labios de mujer.

El Poeta:

Es lo mismo al revés.

La sombra del Cid:

Es lo mismo y, sin embargo, al revés es menosroso que al derecho. Te lo digo yo que estoy muerto. En mi vida entendí de versos, pero ahora que estoy muerto y que paso como entre dos sueños, veo más claro que tú, porque sólo entre sueños se te claró.

El Poeta:

Así será, pero lo que has dicho me parece bien pobre.

La sombra del Cid:

Comprendo que si fueras rico pudieras parecerme pobre, mas siendo tan pobre como eres, sólo tu vanidad te permite estar satisfecho. Escucha, y sobre todo no me discutas sobre Jimena y no mientas al hablar de ella. Si mientas en un poema sobre mí, no me importa; pero sobre ella no puedo tolerarlo y no te lo dejaré pasar. Jimena tenía un cuerpo de mujer hermosa, anchas caderas y senos potentes, sin ser muy grandes, y con nada de ánfora ni de mármol. Carne, hermosa carne de mujer con leche adentro para sus hijas y un vientre como conviene

a la que ha de ser fuente de una gran raza de tronos y de destinos. Tenía un cuello cálido como si lo entibiaran todas las canciones de amor dormidas adentro; tenía unas manos de carne, de hermosa carne de mujer, unas manos pequeñas que se paseaban sobre mí inquietud y calmaban mis fiebres guerreras; tenía unos labios gruesos y carnosos; labios de beso, cargados de besos maduros, prontos para el hombre, solamente para el hombre suyo, para mí. Tenía ojos de esposa y de madre. Era bella de toda belleza, de la belleza que yo amo, belleza de España. Cuando yo llegaba, ella abría los brazos de par en par como las puertas del alba. Y bastéte con esto para saber lo que era Jimena.

De pie en la ventana, la nodriza escruta las lejanías. La nodriza es una mujerona campestre, entrada en años, devota y gruesa. En una palabra, es una nodriza. Tiene unos grandes senos de almohadones para apoyar la cabeza, en las tardes, sentada en un sillón, en la hora del cabeceo. Jimena sigue bordando o hilando. Desde aquí, a la distancia de los años, no alcanzo a ver si borda o hila. Trabaja en un tejido y espera. Se diría que toda su vida la pasó así: hilando y esperando.

Así la veo yo al fondo del Romancero, mientras en el primer plano, Rodrigo, a caballo en el vértigo corre en zig-zag con un mandoble en la mano entre batallas y proezas, ella, detrás de una ventana, allá al fondo, borda y espera, espera y borda. Jimena es la dama de la Edad Media, la heroína del ciclo de los caballeros. Yo la he visto en alguna parte. Todos la hemos visto en alguna parte.

¡Ah! Sí, recuerdo una ventana de piedra por donde entraba el mundo en tres álamos y una enredadera. Un pájaro vino, se paró al borde, dijo algo en secreto y se fue.

Me acuerdo de una colina elegantemente vestida de verde. La colina bajaba hacia el llano que le tendía un ramo de flores. Me acuerdo del castillo, vetusto, pesado, una gran mole solitaria, dominando los campos y los caminos de las andanzas, una isla en medio de un mar de silencio. Me acuerdo de una selva de brazos y de músculos y el dolor de paloma de unos ojos abiertos. Sí, sí; recuerdo sus ojos. Y no tenía dos trenzas. Era la única joven de entonces que usaba una sola trenza, una trenza larga de-

trás de los ojos, larga, larga serpiente de fascinación. Recuerdo una noche que cae como una cabellera, los reflejos de una sonrisa triste que estalla lo mismo que un espejo y la blancura de una carne, fantasma de naufragios. Recuerdo una voz fresca, una voz tallada en la tarde debajo del arco iris. Recuerdo una piel que resplandecía como si se hubiera bebido un astro peligroso y una mano que era la llave de la primavera. Recuerdo unos pasos aprisionados en dos frutos de luz. Unos pasos marchando sobre olas calmas y misteriosas que crujen como yerba. Recuerdo un gesto de indulgencia en un silencio alucinado de constelaciones. Recuerdo unas espaldas en un marco de jardín y unas alas que ya van a abrirse en un vuelo de carne, fuera del universo sobre el aire asustado. Recuerdo unos dedos delgados en un laúd y un incendio de música que corre a lo largo de los dedos. Recuerdo que se perdía el mundo y se entraba en un embrujamiento sagrado. Recuerdo que se hacía un vacío en el aire, un remolino que absorbía todo, ideas, pensamientos, memoranzas se hundían al fondo del vacío. Recuerdo que quise desatar su trenza y soltar el último sueño, cogerlo, cogerlo para mi antes que se volara. Recuerdo que para verla hice un viaje muy largo. Muy largo sobre el mar, el mar, esta palabra que asusta a las barcas. Las olas se revolcaban en su lecho de amianto y mi barca danzaba en la soledad como una almendra de amargura. Recuerdo que cada vez que la miraba me hacía nacer de nuevo. Recuerdo que ella estaba en la orilla, que yo salí de las sombras, mojado de sombras. La vi, la miré. La veo, la miro. Un laberinto de espejos empieza a girar en mi cabeza. Ya no recuerdo nada.

Vicente Huidobro. Mío Cid Campeador.

NUESTRA ENCUESTA SOBRE EL PROBLEMA SEXUAL

Hemos recibido varias respuestas a la encuesta abierta por Índice sobre el problema sexual, en las que se examina esta palpitante cuestión desde puntos de vista de gran interés. Sin embargo, debido a la falta de espacio, hemos tenido que postergar su publicación hasta próximos números.

PORTALES, O EL HOMBRE DE LA ANTITESIS

Decir más sobre Portales parece ya majadería trivial. Lo que se ha escrito sobre el terrible Ministro de Prieto es excesivo. Hoy, a propósito de la publicación de un primer tomo de su *Epistolario*, (1) la figura de Portales ha sido empujada al primer plano de la escena literaria. La luz cruda de hoy aspira a iluminar por todos lados esta estampa que debía ser romántica por la época en que vivió pero que es — curiosa contradicción — realista. Se aspira a conocer hoy sobre todo al hombre íntimo. Tal es el sentido de un bello libro de *Alone* (Hernán Díaz Arrieta), que se titula precisamente *Portales Íntimo*. Cansados un poco de la figura histórica, con sus contornos ya bien conocidos, los hombres de hoy quieren ver el interior, la fisonomía que Portales disfrazó tras los hechos de su gobierno. Y en realidad el panorama es seductor. La historia ya nos había mostrado algo de él, y en el libro que Vicuña Mackenna dedicó a Portales hay un desfile de anécdotas primorosas. Pero lo que se ve hoy en Portales es más que eso.

En efecto, nuestra época aspira a entender a Portales, y debe dejarse establecido de antemano que la tarea no es fácil. Desde luego, los que se ponen a ella están destinados fatalmente a no lograrla. Es indudable que un político, es decir, un hombre de realidades, que sólo puede manejar hechos, so pena de fracasar lamentablemente, no puede ser juzgado sino por un político. Un escritor pone entre el personaje que lo ocupa y su juicio una pantalla especial, que debe merecer con justicia el nombre de prejuicio, aún cuando esta palabra tenga una significación servil que puede entorpecer el sentido de mi pensamiento. Quiero decir que para un hombre enamorado — como todos los escritores lo son, en mayor o menor grado — de las ideas, que es el caso del intelectual, la obra de un político es poco menos que incomprensible. De allí que en la vida y la acción de Portales todos no vean sino incongruencias, faltas de armonías, violentos cambios de posturas. Y es que no pueden ver otra cosa. El político, en cambio, posee la clave de este singular engendro. Pero ¿qué político podrá juzgar hoy a Portales? El único que ha usado en su obra interpretativa una parte de espíritu de político es don Alberto Edwards. Pero conviene dejar

establecido desde luego que la parte de político en el señor Edwards no es la más abundante de su espíritu. Más que un político yo veo en él un historiador.

Pues bien, Portales es, según la feliz frase de Lastarria, "el terrible hombre de los hechos". Débesse para juzgarlo, pues, partir sólo desde la base de los hechos, y nada más que de los hechos. La renuncia a lo demás es dolorosa. Entre "lo demás" están los principios, la humanidad, el espíritu de fraternidad disculpa de las faltas, el entusiasmo, todo eso borroso y hasta cierto punto inconfesable que hace a todo hombre partidario más del desorden que de la pauta, de lo que hierve antes que de lo cristalizado. Es decir, el espíritu genésico (o perteneciente al Génesis), cuyo bello desorden continúa siendo uno de los leit-motiv de la escabridad romántica.

Pero hay un apoyo considerable para juzgar a Portales sin tener mucho temor a la condenación inflexible de los prejuicios. Me refiero a la perspectiva histórica. Desde su muerte han pasado casi cien años; su acción política se inicia en 1829 y termina en 1837 (2). Pues bien, desde entonces hasta hoy se han sucedido las generaciones y los sistemas de gobierno han ido, como un péndulo fiel, señalando la cercanía o el acercamiento a los métodos de Portales. En el instante del máximo alejamiento de la misión de Portales, los hombres que intima o públicamente abominaban del genial Ministro, ¿pensaban que su obra era posible sólo gracias al difamado personaje? Pero observo que esto necesita mayor desarrollo.

En efecto, abrid un manual de historia de Chile y veréis la comprobación de lo que digo. Portales se hace cargo del gobierno en momentos de profunda zozobra. Las instituciones están abandonadas al manotón de los audaces, y esto tal vez explica que Portales pudiera llegar a regirlas. Los heroicos jefes de la Independencia se disputan un sabroso botín como los soldados que guardaban la tumba del Salvador se repartieron, según la leyenda, la túnica de Jesús. Pero no: en Chile fué peor. Los soldados aquellos disputaron la túnica a una vuelta de dados. Los jefes heroicos la desgarraban en estériles pugilatos que ensangrentaban la tierra recién vestida de República. Cuando se miraba hacia el extranjero,

se veía que en los países vecinos ocurría otra tanto. ¿Quién iba a tener reparo para contribuir a la general turbación? Portales lo tuvo, y convencido de que su hora había llegado, entró a actuar. Nadie se lo pidió, y para llegar hasta donde le era necesario, el hombre de las realidades usó el mismo expediente de todos los caudillos: una revolución.

Pero hay una diferencia fundamental: Portales no cargaba espada, no tenía mando de tropa. Para hacer la revolución debió, pues, usar a los soldados como instrumentos, y nada más que eso fueron, dentro de sus designios, hombres como Freire, O'Higgins, Viel, Tupper, Vidaurre (3) y cien más. Pero, una vez trepado al poder, Portales hace lo que todos los revolucionarios de genio: anular a los que lo ayudaron a subir. El caso de su actitud con los o'higinistas es típico. En la revolución que le fué propicia, Portales los mantuvo esperanzados, pero en cuanto se hablaba de hacer regresar al supremo desterrado, Portales torcía el gesto y se evadía en una broma o en un juego de palabras. "Nada con el guacho" era su axioma de esos tiempos. Al terciarse la capa, en la alta noche, cuando se recogía a su cuarto después de una reunión secreta en que se había debatido el curso de los acontecimientos, Portales debe haber pensado en la melancolía que ganaría el corazón de ese hombre cuando viera que sus auxiliares (sobre todo Rodríguez Aldea) no habían trabajado para él sino para Portales. Y apretando el paso, para dominar el frío relente nocturno, debe haber sonreído sarcásticamente del rubio e inapropiado ex-presidente.

La República tomó el paso de una nueva vida cuando Portales empezó su fructuosa dictadura. Contrariamente a lo que sucedía en todos los países americanos en aquel tiempo, Chile se convirtió luego en una potencia de primer orden. Los ocho años de gobierno de Portales, aún cuando se ensangrentaron a menudo, fueron suficientes para crear una norma jurídica: la Constitución del 33, y para dar a los hombres de esta tierra el hábito de respetar esa norma. Parece mentira que este hecho tan grande pueda ser enunciado con palabras tan simples. ¡Una norma jurídica! Es decir, esa vasta maraña, a veces inextricable, de intereses, apetitos, oposiciones intestinas, querellas, desorientacio-

nes, arrebatos y pasiones que es una sociedad, aceptaba vivir en paz. Todos los hombres juraban respeto a un código fundamental, convencidos algunos de que era necesario, íntimamente dispuestos los otros — los menos — a torcerlo hacia su lado cuando les conviniese. Que dominaron los primeros lo prueban los años durante los cuales la Constitución del 33 vivió pegada al cuerpo de la República, que crecía haciendo crecer a su vez la túnica de la norma jurídica.

Comienza entonces la serie de los Presidentes de viejo cuño: Bulnes, el vencedor de Yungay, es decir, el hombre que había dado al país el dominio de la costa del Pacífico y había destruido para siempre la quimera de la Confederación Perú-Boliviana, en una guerra que Portales planeó y quiso y que el destino, avaro, no le dejó ver entera; Montt, el hombre del derecho, que dotó al país de leyes y de normas nacidas ya de una convivencia social estable; Pérez, gobernante de medias tintas y de componendas, pero que supo proseguir una tradición de honestidad administrativa; Pinto, Santa María, etc. Ninguno de los progresos que el país realizó en ese tiempo, ninguna de las fructuosas iniciativas de cultura que entonces se anunciaron y se propiciaron hasta su realización, habría sido posible de no haber existido Portales. Es decir, un hombre que afrontó la impopularidad y hasta el odio de sus contemporáneos y de la posteridad, para afirmar el derecho que tenía la República a una vida mejor.

Se me dirá que esto es lo mismo que proclamar: el fin justifica los medios. Y en realidad, cuando las cosas se contemplan con suficiente perspectiva temporal, ¿cuántos no son los fines que justifican los medios que se pusieron en práctica? La historia está llena de estos casos. Por encima de pirámides de cadáveres, de humeantes ruinas, de escombros, de muerte y de desolación, avanza el carro de los vencedores. Los vencedores son los que no dan vuelta la cabeza, los que no oyen a los heridos, así como Ulises se ataba al palo de su buque y se cubría de cera las orejas para no oír el canto de las sirenas y no volar a un encuentro. Los vencedores son los hombres como Portales, que practican el culto de los hechos.

Todo esto arroja como balance y resume una conclusión desoladora: las teorías nada valen, los hechos son lo único digno de tomarse en cuenta. Esta seguramente

(Pas. a la pág. 15).

(1) Aspira este *Epistolario* a dos propósitos contradictorios: dar la integridad de la obra epistolar del Ministro; y no publicar sino la correspondencia inédita. ¿No sería mejor reducirse al primero? En efecto, hay en el libro de Vicuña Mackenna y en otros muchas cartas de Portales que tienen su propio mérito. Deben ser incluidas ellas y todas las demás que se encuentren, en el *Epistolario*, si se quiere que éste sea completo.

(2) En 1826 don Diego es nombrado, en representación de los comerciantes, miembro de un consejo de Gobierno para asesorar a Freire, que era Dictador. Es la primera actuación de Portales en asuntos públicos. Sin embargo, el período de efectiva actividad política de Portales no comienza sino en 1829, bajo la presidencia de D. Francisco Ramón Vicuña, a quien don Diego ayuda a derribar.

(3) Vidaurre, gran amigo de Portales durante un buen número de años, fué distinguido por el omnipotente ministro con honores poco comunes. Aún cuando le jugó la mala pasada del motín de Quillota, Vidaurre no hizo matar a Portales. Conviene tener presente este detalle.

DOS POEMAS DE JAIME TORRES BODET

SUEÑO DEL HOSPITAL

Yo tenía que llegar.

¿A dónde?

No lo recuerdo.

Quemaba ríeles de luz,
cortando linae, el trineo.
La lluvia oxidaba el sol
en el grito de los perros...

Ochos de látigo oí
multiplicándome el viento.

Yo tenía que llegar.

¿A dónde?

No lo comprendo.

Del otro lado del mundo
me estaba llamando un pueblo
brusco, metálico, sordo,
crizado de teléfonos.

El hambre me perseguía
por los vitrales del sueño,
dibujando — entre racimos
de bodegones flamencos —
frías peras de metal,
manzanas de raso terso,
granadas acribilladas

de perdigones sangrientos,
pescados con armaduras,
pavos de toisón al pecho
y cervatillos con bosques;
de azoro en los ojos tiernos

La Virgen de los Termómetros
dice de pronto:
Está ciego.

Y mi sangre se elevó
por mil columnas de acero
hasta llegar a la aduana:
— ¿de dónde? — ¿de qué país?

No puedo ya. No lo encuentro.

En balaustradas de fiebre,
de codos, el firmamento.

Abajo brillaba el mar
niquelado del espejo,
y en su lámina de azogue
un ángel, todo de blanco,
estaba tomando el pulso
de un cronómetro de hielo.

La Virgen contó hasta cien.
Dijeron no los silencios.

En un patio de hospital
quedaba un paisaje muerto.
Vinieron horas de vidrio.
Pasaron horas de fuego.
Calores y fríos eran
collares de un mismo cuello;
cendales y gruesos paños
vestidos de un solo cuerpo.

La hoja de la retama
contaba el color del tiempo.
Con plata, para el verano.
Con oro, para el invierno.
Yo tenía que llegar.
¿A dónde?

No lo recuerdo.



DANZA

Llama
que por morir más pronto se levanta,
flotas entre las brasas de la danza.

Y te erranca de ti,
al principiar, un salto tan ebello

b a j o e l s i g n o d e m a r t e

(De la pág. 2).

que más hondamente han penetrado en los laberintos y catacumbas de la mente humana.

Aquí voy a decir una monstruosidad: No conozco ni el ruso ni el griego: sé que tienen semejanzas perceptibles en la superficie y en el fondo; pero no puedo juzgar el mérito literario de las obras escritas en esas lenguas. Sin embargo, he leído las traducciones de la "Iliada" en más de una lengua europea y enriquecido mi sensibilidad, leyendo en traducciones, más o menos fieles y que pretenden ser completas, "Los Hermanos Karamazof", de Dostoievski. Creo que para la mente humana esta obra tiene una significación más honda que aquella y será en los siglos por venir de aplicación más adecuada a las necesidades de la vida psíquica. Ahora pueden mis lectores imponerme el castigo más adecuado a tamaña culpa.

Queda un argumento que los propagadores de la cultura clásica no han tocado ni por incidencia. Parece que en su mente no hubiera tenido asiento, ni ahora ni antes, la idea de que esa cultura haya podido ejercer influjo pernicioso sobre la vida de la humanidad. La literatura de las edades clásicas vive, sobre todo, del concepto heroico de la existencia. Los viejos poemas cantaban principalmente las hazañas guerreras y las grandes luchas trágicas de unos pueblos con otros, de donde se resalta necesariamente la exaltación de donde se les enseña a los niños la historia de ese suceso. Una batalla diversa de la que crearon y extendieron por el mundo los héroes glorificados. En este punto el Viejo Testamento, libro que comparte con los poemas heroicos el monopolio de las inteligencias juveniles, huele a sangre en sus libros más significativos.

Esta glorificación del héroe y del soldado, fase la más prominente de la cultura greco-romana, es todavía el principio directivo en la constitución de los Estados europeos. Estamos en plena edad heroica. La Grecia de los soldados homéricos, la Grecia de Tirteo, es la que evocamos las historias de la literatura con mayor complacencia. Lo mismo pasa con la historia. Las renillas de tribu, los odios de pueblo; guerras civiles que hoy serían mengua de las naciones que las provocaron, a eso y al hervir continuo de la envidia tenaz y corrosiva se reduce, en su mayor parte, la bella historia de Grecia. A la envidia de casta, a la envidia personal, le atribuye Burckhardt primordialmente la destrucción de la patria griega. Todas estas cualidades constituyen el fardado de lo que se llama el concepto heroico de la existencia, de cuyo mantenimiento se ufanan las sociedades modernas.

Para mantener y exaltar en lo posible esos ideales, el pueblo sostiene una especie de Junta de Propaganda, a la cual se le encomienda la tergiversación de los hechos históricos para preparar los libros en que el maestro de primeras letras, y aún el catedrático de los colegios y liceos, ha de enseñarles a sus discípulos la historia patria. De donde resulta que un mismo hecho histórico afea a un pueblo y le añade brillo a otro, de acuerdo con el meridiano y el paralelo, coexistencia lastimera la hemos podido analizar con mucho espacio en la Alemania, digamos en la Europa, del siglo XX.

En alabanza de los vencedores de los Juegos Olímpicos exaltaban a un mismo tiempo el amor patrio y el culto de la fuerza bruta. Completaban esta interpretación de la vida los historiadores griegos y romanos.

A pesar de todo esto, ni por un instante ha penetrado en la mente de los que reconocen en la cultura greco-romana, con su concepto de las finalidades humanas, el fundamento de nuestra civilización, la sospecha de que las sociedades modernas hayan errado el camino; y cuando acaso la duda les asalta, ella desaparece con la sola palabra de un buen abogado, como Mr. Coolidge, en cuyo sentir todo va bien en el mundo mientras nos sigamos guiando por el ejemplo de griegos y romanos. El reloj de Mr. Coolidge lleva unos minutos de atraso. Según Ditlef Nielsen, firme escrutador de los orígenes del cristianismo, "ya en tiempo de Jesús la religión griega, había perdido su ascendiente sobre los espíritus. Los dioses no brillaban ya como "ideales" en el cielo, sino que eran arrastrados por el suelo en la vida cotidiana y habían venido a convertirse en una serie de personas vulgares, indiferentes y a menudo ridículas". El mundo había llegado al concepto materialista de la existencia, modo de entender la vida que suele ir acompañado de la visión heroica de nuestro destino. Esa coexistencia lastimera la hemos podido analizar con mucho espacio en la Alemania, digamos en la Europa, del siglo XX.

La visión heroica de la vida dejó de inspirar por unos siglos las acciones de los hombres; y la conducta de las Naciones. Intervino en la historia el cristianismo y pareció morigerar los instintos combativos de la especie. Reviviendo, empero,

que el sitio en que bailabas se queda sin atmósfera.

Así el pedazo negro de la noche en que pasó un lucero.

Pero de pronto vuelves del torbellino de las formas a la inmovilidad que te acechaba y ocupas, como un vestido exacto el hueco de tu propia figura.

Pareces una cosa caída en el espejo de un recuerdo: te bisela el declive del tiempo.

Un minuto después, estás desnuda

La brisa te peina el ondulado movimiento y cada nueva línea que las flautas dibujan en la música obedece una línea de tu cuerpo. No resonés ahora, cúmbalos, que la danza es como el sueño.

Madrid, 1930.

L I B R O S

UN NUEVO LIBRO DE RICARDO A. LATCHAM

Entre nuestros intelectuales, la personalidad de Ricardo A. Latcham se distingue por sus relieve de energía vitalidad, su dinamismo combativo, su insaciable curiosidad de ideas, seres y ambientes. Su literatura es un reflejo de su carácter, y así se nos presenta siempre movida, rica de vivaces emociones, fuerte y múltiple, de recursos expresivos. Su libro Itinerario de la Inquietud, recientemente editado por Nascimento, es una afirmación de sus cualidades de escritor.

Constituye una magnífica iniciación del año literario el libro de Latcham, interesante no sólo por la variedad de los temas — paisajes, hombres, ciudades, hechos — de Europa y América, sino también por la calidad del estilo que, amoldándose a la inquietud viajera de las sensaciones y a la movilidad incesante de los sucesos, consigue dar al lector una impresión vital, a ratos atorbellinada, en todo momento sugerente. Es un libro que se lee sin interrupción y con sostenido interés.

Los libros de viajes, entre nosotros, suelen ser una simple anotación de sucesos, las más de las veces vulgares, una prolongación del pasmo que experimentan los espíritus de campanario — léase hispano-americanos — ante los panoramas de otros pueblos. Falta casi siempre, en ellos, lo que da calidad, valor, significación literaria a un libro; la personalidad que se adentra en la médula de las cosas y de las almas, el sentido psicológico, el don superior de la comprensión, la virtud comunicativa de un estilo que separa traducir la espontaneidad de la vida.

No así en el libro de Latcham: sabe mirar e interpretar en novedosas metáforas el alma del paisaje, el fervor de multitud de las grandes ciudades, la agitación cosmopolita de los barcos; sabe encontrar el rasgo esencial que engloba el conjunto y darnos de este modo, en nerviosas y sintéticas pinceladas, la impresión de la totalidad compleja.

Sus descripciones de la vida catalana, que Latcham conoció a fondo, son de primer orden. Barcelona, "el cerebro y la llaga de España", descubre sus secretos, sus miserias y sus excelencias. La montaña de Monserrat, "masa atormentada y dantesca, cuyas cimas son dedos que estrangulan el aire avellonado", Manresa, la ciudad ignaciana, Tarragona, Palma de Mallorca, etc. desfilan ante la imaginación del lector, evocadas en frases dinámicas, cargadas de

color, y, frecuentemente, de emoción poética.

El capítulo titulado "Psicología del café español" está lleno de finas observaciones humorísticas; ilustra muchos aspectos del carácter peninsular. Tampoco faltan las notas subjetivas, envueltas en una discreta penumbra de sobria poesía, como aquel "Otoño Catalán", "Sueño de trenes y barcos" y partes del primer capítulo del libro.

Por último, queremos mencionar las descripciones de Marsella, "el hampa del Mediterráneo", vigorosas y realistas, de Londres que "tiene sus plagas como ninguna

otra ciudad del Occidente", y ese capítulo fuerte y dramático, en que el estilo parece seguir el impetu de los elementos, "Huracán de las Antillas".

El libro de Latcham, formado por un conjunto de anotaciones impresionistas, rápidas y cambiantes como el tono de la vida actual, tiene fuerza y novedad en la expresión, abundancia de recursos literarios dentro de su evidente espontaneidad, y una vibración de vitalidad que cautiva, desde el primer momento, la atención.

D.

M A S A F U E R A

La primera sensación de Eugenio González la tuve hace siete años, cuando fué presentado como candidato a la presidencia de la Federación de Estudiantes. Era entonces la Federación el centro más turbulento de Santiago, pero turbulento por móviles abstractos, por ideas. Allí se discutían con interés casi dramático todos los puntos de vista del socialismo.

El beaterio y los radicales, revés y derecho del término medio de nuestros infelices semejantes, la combatían con las más sombrías armas.

Desde el año mil novecientos dieciocho la Federación había sustentado principalmente dos ideas: el arreglo con el Perú y la iniciación de una política que elevase el nivel material y moral de las clases pobres. Santiago Labarca apoyó la primera en un manifiesto famoso, escrito en ese tono tan alto y tan suyo. Juan Gandulfo fué el campeón de la segunda y durante años supo mantenerla, propagarla y llevarla a todos los espíritus con ese brío extraordinario que pone en todas las cosas que pasan por su mano.

La generación del año veinte representó todas las ideologías, desde la neo-conservadora hasta las escuelas socialistas más avanzadas, y, además, todas las tendencias, los matices más salientes, todos los temperamentos, todas las maneras de ser y actuar.

Después de cinco años de lucha doctrinaria contra los diversos medios nacionales, esa juventud, tan maravillosamente dotada, siente cansancio, repulsión y hastio. Es cierto que ha sido materialmente asaltada y perseguida, vejada con terrible constancia y saña, dividida y hostilizada sin tregua.

Eugenio González recibe una Federación agotada y casi disuelta; pero consigue, durante su año

de prueba, mantener los ánimos a cierto diapason, proseguir las actividades espirituales, continuar inundando el Continente con manifiestos novísimos y resistir la presión oficial y las jugadas del azar siempre adverso.

Tres años más tarde, después del segundo pronunciamiento, el ministro José Santos Salas, hombre que sabía encontrar banderas, concedió su preferencia al problema de la vivienda, y con tal preferencia demostró poseer gran sentido político, porque ese problema ha dado lugar a fecundos ensayos que algo han humanizado al pueblo. Eugenio González colaboró con Salas, trasmutando ideas en cosas concretas, haciendo realidad.

Pero como José Santos Salas tuvo que seguir esa forzosa rotativa, dolencia del actual régimen, sus colaboradores debieron también seguirlo. González, a pesar de su sedentarismo, fué a permanecer súbitamente a la isla de Más Afuera. Un siglo antes, en la de Juan Fernández, Juan Egaña había escrito El Chileno Consolado.

Como escritor Eugenio estuvo oscilando entre el poema en prosa y el ensayo de intención social. Su estilo sensible para lo abstracto, ansioso de cadencias, un poco vago, después de la experiencia de Más Afuera, encontró lo que le era menester encontrar: la objetividad. Y con la objetividad, la fuerza y el tono definido y firme.

En su libro relata las vicisitudes de los malhechores confinados en la isla de Más Afuera. No es su libro, en sentido estricto, una novela, sino un conjunto de cuadros parciales, subordinados al mismo tema y coordinados por el oficio común, la mentalidad simple y primitiva, los vicios abominables y la terrible miseria moral de sus personajes.

N. P.

Está escrito Más Afuera en tono impersonal. El autor dibuja sus personajes, reproduce diálogos llenos de sabor, hace leves indicaciones psicológicas casi sumariamente, sin emplear ninguna palabra inútil, pero tampoco sin sacrificar ningún elemento animador. En algunas escenas, las historias del Chute y del Chinito principalmente, el tono es de una extraordinaria y apenas contenida emoción. Los hechos restantes están vistos a través de un tamiz irónico.

Aunque esta visión irónica sea lo dominante, a ratos el estilo enfoca con terrible precisión, y sin atenuación alguna, hechos de difícil descripción, como esa violación sádica de la cabra, en plena soledad, por un confinado, o esa pelea trágica de los dos amantes de Glafira, que se despeñan y pierden en el brávido mar. Entre los personajes mejor logrados están Endeiza, El Perpetuo, el Chute y el Chinito. Todo el libro está construido con singular acierto. La frase es ágil y justa y se amolda muy bien a las necesidades de la relación.

Eugenio González ha puesto su talento al servicio de un tema intacto. Sus personajes, la clase más salvaje y despreciable de la sociedad, vivían en torno nuestro sin tener existencia literaria. Si no tuviese otro mérito su libro perduraría como documento, pero, como está escrito bellamente figurará entre los quince o veinte mejores libros que se han escrito en Chile.

González Vera.

Carlos R. Mondaca

Está por aparecer el volumen que contendrá toda la parva y fina producción del elegíaco y místico poeta que es Carlos R. Mondaca. La disposición del material va a ser: prólogo de Max Jara, "Por los Caminos", "Recogimiento", y dos poemas: "La Elegía Civil", "La Maestra", y un bosquejo poético que se encontró entre los papeles de la cartera del poeta.

"La Elegía Civil" es acaso el poema más impresionante, dentro de la modalidad de Mondaca, y de más elevado civismo que se haya escrito en Chile en el siglo XX, vale decir, desde que nuestra literatura tiene solvencia estética. Los amigos de Mondaca, que hace algún tiempo le levantaron un mausoleo y que ahora le publican su obra, merecen ser imitados. Faltan acá esas delicadas sociedades de "amigos" para recordar a los valores que tenemos en el pasado. Ojalá que "los amigos de Mondaca" generen a otros grupos de admiradores entusiastas.

N. P.

L I B R O S

ESQUEMA DE UNA SITUACION ECONOMICO SOCIAL DE IBERO-AMERICA

Augusto Santelices:
Santiago, 1930.

Confieso que cuando Augusto Santelices me obsequió gentilmente su libro de versos "El agua en sombra", yo desconcí de su anti-imperialismo. Poeta y jurisperito son dos calidades excesivamente peligrosas. El trato personal, sin embargo, abrió una nueva dimensión. Por ella ha venido este libro, de título modesto, que es, sin duda, una de las mejores síntesis escritas sobre los tópicos americanos.

No participo, totalmente, de ciertas opiniones de Santelices, al conceder alta importancia a factores espirituales, raciales, metafísicos. Algo ortodoxo, sin duda, creo que ellos son elementos, materiales, pero todos dominados por el factor económico, alma mater del desarrollo social. De ahí que los primeros capítulos del libro, visiblemente influenciados por la etérea vaguedad de Waldo Franck o el conde Keyserling, resulten los más brillantes, pero también los menos concretos y más alejados de los problemas inmediatos. Santelices argüirá, a esta altura, que vivo dentro del materialismo contemporáneo y que rehuyo, sistemáticamente, toda excursión aérea que conduzca a visiones panorámicas. Y así es, en efecto.

Salvo esta leve objeción, a la que he dado mayor importancia de la que tiene, quiero declarar, expresamente, que el trabajo de Santelices revela una información bastante extensa y sobre todo una comprensión integral y certera de la totalidad del problema americano. Hace muchos años que ando a la caza de libros, folletos y artículos sobre este tópico y debo confesar que pocas veces he podido

palpar tanta madurez en los juicios y tanta fe, hecha proposiciones, respecto al porvenir.

El análisis o presentación de Ibero-América, y de sus relaciones con el mundo en general, y los E. U. en particular, ha sido confeccionado con especial esmero y en forma equilibradamente esquemática, pues Santelices ni cansa al lector profundizando especialidades ni tampoco omite el dibujo de los elementos esenciales de nuestra realidad.

Únicamente quiero dejar constancia de que su defensa respecto a la unión aduanera del sur, incluyendo Argentina, Chile, Uruguay, Bolivia y Paraguay, es plausible en tanto signifique un grado para una unificación posterior, más amplia, donde quepan todos nuestros países latino-americanos, y donde la vinculación no resida, exclusivamente, en la igualdad de

tarifas y monedas, sino en la creciente similitud que nos lleve a la federación continental. Por otra parte, debe insistirse en que esta unificación no significa que deba crearse un bloque de las burguesías criollas, sino que la alianza ha de hacerse entre los pueblos, entre las clases productoras de nuestros países. Sólo así podrá América del Sur corregir la directiva egoísta y material a que lleva el régimen de capitalismo particular incontrolado.

Resulta incómodo prolongar el juicio bibliográfico cuando existe un acuerdo casi absoluto entre el autor y el crítico. Ya he dicho que el libro está bien, pero muy bien. Sólo corresponde añadir una felicitación muy sincera y dejar pública constancia de que, en este caso, el Santelices imperialista ha ganado el indulto para el Santelices poeta. Manuel Seoane.

EL TERROR EN AMERICA por César González-Ruano

El propósito expreso de este libro es el de servir a una causa. A primera vista parece que la de la libertad. Luego, leyendo sus páginas, sobreviene un ligero desencanto. A pesar de los temas a que aluden, son frívolas, superficiales y con una cierta fanfarronería de giros baratos, hecha para halagar a un público chabacano. Sin más que prolongar hacia un extremo las líneas de este libro, nos damos cuenta de que se puede servir a la libertad con armas tan falaces que le ocasionen un verdadero perjuicio.

Al fin de la lectura nos preguntamos qué nos ha sido dado en ella. Y hemos de confesar un provecho mínimo: simples noticias de periódico sobre el caos político

de América. Para eso no necesitábamos leer el libro del señor González-Ruano. Ya es bastante que las noticias de periódico estén en todos los periódicos y contribuyan desde allí a la costumbre de no ver sino la cáscara de todas las cuestiones. Cabe pensar que la tarea del libro es un poco más honda e importa una responsabilidad a que el periódico escape.

Todo eso es para nuestro gusto. Para el del señor González-Ruano las cosas son de distinta manera. Confiesa que el estilo de su libro es "negroide", estigma que atribuye al confagio del tema, pues dice que las tiranías americanas lo han llenado de peste literaria. Con semejante dispo-

sición ya puede tomar impúneamente los caminos más torpes, más cómodos y más vulgares. Pero eso da tal vez la medida de lo que el señor González-Ruano puede. — R. C. M.

BURBUJAS, de Josefina Dey

Vamos a decir algunas palabras acerca del libro de Josefina Dey. Es indudable que el temperamento poético de la autora es fino y acentuado, pero sus versos (que ella se apresura a decir que no son versos) son de un corte ya del pasado. El sentimiento de humanidad que la hace cantar:

Por los que callan y esperan,
por los que luchan y bregan,
por los que quieren perdón,
por los que están en el polvo:
por los que fueron y no son!

Revela a un poeta preocupado por sus hermanos en el dolor, pero ello no basta. Hacer una separación entre el fondo y la forma no es lícito, como no se puede separar la dulzura del azúcar del panico que la contiene. En poesía no se debe descuidar el vaso que va a contener el sentimiento. De ahí la necesidad de labrar con primor la frase que ha de comunicar la emoción.

Nos habría agradado más que su poesía fuese más actual, que sus versos fuesen menos solemnes y con mayor gesto deportivo: sucesión de imágenes engarzadas con belleza y con todo sentido. ¿Qué es mucho pedir? No, puesto que Josefina Dey posee una fuerte personalidad y tiene un rico acervo de vivencias.

El volumen que nos ocupa está presentado con primorosa elegancia, debido especialmente a la artista modesta y silenciosa que es Luz Oliveira. Es un libro para bibliófilos!

N. P.

UNA INICIATIVA INTERESANTE

El Barón Luis de Schilgen presidente de la Sociedad de Periodistas y Autora, de Viena, se encuentra empeñado en la preparación de un congreso internacional de trabajadores intelectuales que ha de celebrarse en la capital austríaca, el año próximo. Nuestro colaborador Lord Jim, actualmente en París, ha sido encargado por el barón Schilgen de todo lo referente a dicho congreso en relación con Chile, lo que nos ha comunicado en carta reciente, a fin de que "Indice" tome a su cargo las gestiones del caso.

Sobre este particular, el barón Schilgen envió a Lord Jim la carta que traducimos:

He aquí los puntos esenciales de nuestro programa:

1) Legislación internacional uniforme sobre los derechos de los autores, a fin de proteger sus intereses materiales y espirituales. En principio, no toleramos ninguna restricción de los derechos hereditarios en detrimento de las obras intelectuales: en la práctica, admitimos la protección por cincuenta años, proponiendo que, después de este plazo, el Estado encaje una tasa de 10 % sobre el precio de venta de las obras, 8 % de las cuales pasaría a los herederos del autor y 2 % a la Cámara Nacional de intelectuales.

2) El establecimiento, en cada país, de una representación centralizada de los intelectuales: la Cámara Nacional de los intelectuales. De estas cámaras nacionales queremos hacer una representación vasta y poderosa de todos los trabajadores manuales. Yo propongo formar estas cámaras nacionales de cuatro secciones: periodismo propiamente dicho, literatura, música y plástica.

Queremos que estas cámaras nacionales sean reconocidas legalmente en cada país como representación oficial de los intelectuales, subvencionadas por el gobierno y consultados obligatoriamente para toda legislación que concierna a los intereses de los trabajadores no manuales.

la severa represión del plagio en todas sus formas.

3) La Cámara internacional de intelectuales, en Ginebra, como institución de la Sociedad de Naciones. Esta Cámara internacional sería la representación central de las cámaras nacionales.

He aquí, en grandes líneas, el programa del Congreso internacional que nos proponemos reunir el año próximo, en Viena. Iré, en esta semana, a Ginebra para ponerme en relación con los organismos competentes de la Sociedad de Naciones.

Pedimos, además, la creación de cargos de agregados de prensa cerca de todas las embajadas y legaciones, con el rango de primeros secretarios.

4) La Cámara internacional de intelectuales, en Ginebra, como institución de la Sociedad de Naciones. Esta Cámara internacional sería la representación central de las cámaras nacionales.

He aquí, en grandes líneas, el programa del Congreso internacional que nos proponemos reunir el año próximo, en Viena. Iré, en esta semana, a Ginebra para ponerme en relación con los organismos competentes de la Sociedad de Naciones.

Hasta la vista y siempre nuestro afmo.

Barón L. de Schilgen.

¿Qué pasa en nuestras Bellas Artes?

Genealogía del Salón Oficial de 1930

El Salón del pasado año ha despertado al desapasionado visitante unas cuantas sorpresas, poniendo en evidencia al mismo tiempo las convicciones estéticas que sustentan los nuevos directores de las Bellas Artes Chilenas.

Para la más exacta comprensión de él, será necesario dar algunas miradas retrospectivas a los salones de otros años y tener muy en cuenta, especialmente, la renovación que hubo en la pedagogía artística en 1928.

En ese entonces se estimó que la Escuela de Bellas Artes no realizaba el fin para el cual se la había creado. Se criticó su enseñanza empírica, su falta de base absoluta en la realidad del medio

la Escuela de Artes Decorativas, plantel que ha conseguido mantener una línea continua de trabajo, con un provecho indiscutible y cierto y que cada día se afirma más. Disciplina en los estudios, preocupación para no desperdiciar las aptitudes de los alumnos, cuidado para despertar en ellos el afán de creación, de novedad; tales han sido las características esenciales de la Escuela.

Tenemos, pues, que de aquella renovación del año 28 quedó un bien indudable y cierto; la iniciación de la enseñanza, en nuestro país, de las artes decorativas y con ello la única parte donde los resultados corresponden a la se-

nacional, un sentido menos pretencioso.

Es el caso — decían — que el estudiante de Bellas Artes esté en contacto con las realidades que lo circundan, que no aprenda a genio, sino que, modestamente, a ganarse el diario sustento. Lo demás viene por añadidura. Este era por lo menos el fin primordial de aquellas gentes que mandaron a estudiar a Europa. Y con este objeto cada uno de ellos llevaba un fin práctico, un fin pedagógico. Unos fueron a estudiar los vitreaux, los gobelinos; otros los tejidos, las artes gráficas, los afiches, etc. Es decir, era toda una renovación que se pensaba hacer en la enseñanza artística de Chile, renovación que, es de suponerlo, no se hizo sin un estudio serio y sin meditar mucho sus proyecciones.

Pues bien. Vinieron nuevos dirigentes en la enseñanza. Con esto

tentos, a los caballeros gritones, los cuales fueron llamados a colaborar al lado del nuevo dirigente. Y tenemos entonces que la Escuela ha estado funcionando en este último tiempo con gentes de gustos e ideas completamente opuestas a los de las gentes que tenía vara alta apenas hace dos años. Es decir, las Bellas Artes chilenas son dirigidas por ese venerable grupo de artistas del siglo pasado que se denomina Sociedad Nacional de Bellas Artes.

¿Qué significa esto? ¿Una renovación más todavía? ¿Y qué novedad, o qué adelanto traen estos viejos maestros? A no ser que don Carlos Alegría, don Fossa Calderón, don Lucas Tapia.....!

La novedad que se ha traído debe estar, sin duda, en la famosa moralidad y en la famosa disciplina de que tanto alarde hizo el señor Fossa Calderón. O en las inefables veladas de arte que se hizo organizar a los alumnos donde se clamaba a grito pelado ¡Viva el Chile Nuevo!

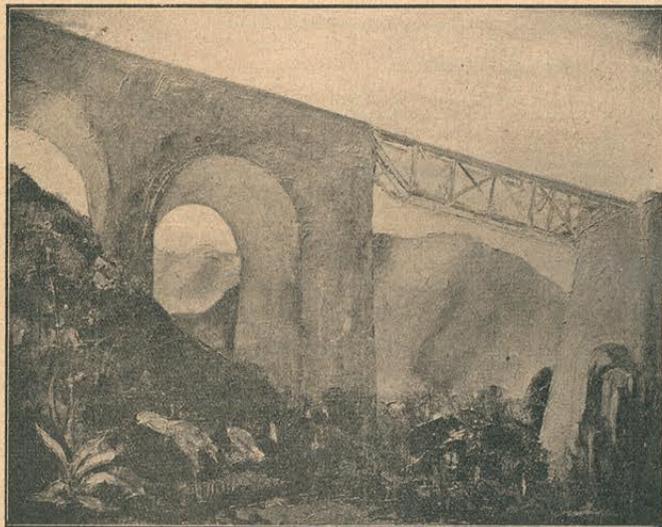
Bueno, ¿y aquellas gentes que se mandó a Europa en misión de estudio? Si..... ya han traído a varios. Varios que andan por ahí, por los pasillos de la Escuela dándose vueltas, aguaitando, por si acaso. Algunos algo han alcanzado a pescar. Pero otros..... Posiblemente esos, alguna cosa habrán estudiado allá donde los mandaron. Pero eso no tiene importancia cuando hay dirigentes nuevos y son otros los rumbos que se le han impreso a la enseñanza. O mejor cuando se vuelve a las antiguas y conocidas formas, a "los poetas del pincel", a la delicadeza.....", etc.

Ahora bien, ¿qué efecto causará en los alumnos este va y ven de la enseñanza artística? ¿Qué dirán cuando ven que anteayer se hizo una cosa y ayer otra y hoy una de hace veinte años?

No hay que perder mucho tiempo en averiguar los resultados. La Escuela tiene cerca de quince maestros — de estos algunos son ayudantes — entre los cuales los hay de aritmética, de francés, de educación cívica, etc. Estos maestros atienden un alumnado que no sube, en los días de mayor asistencia, de 45. O sea un término medio de un maestro para tres alumnos. Claro está que la matrícula y la asistencia a principio de año es mucho más.

Pero pasado cierto tiempo parece que a los muchachos se les acabara por completo el entusiasmo que los llevó a estampar sus nombres en los libros de la matrícula.

Con una asistencia tan exigua, claro es que se hace muy poca labor. Tan poca, que la Academia



PAISAJE

José Perotti.

ambiente. Con este motivo decreta un cambio total de rumbos. Y no sólo se cambiaron los rumbos sino que también se trajo gente nueva para que llevaran a feliz término los salvadores programas. La mayoría de esa gente era joven y casi todos tenían largos años de residencia en Europa, en tiempos de duras exigencias artísticas, en los cuales la cultura estaba cargada de problemas inéditos. De entre esa gente se destacaba el maestro ruso Boris Grigorieff, el hombre de más alta cultura pictórica que haya venido a nuestra tierra en el último tiempo; de fuerte personalidad, a pesar de su breve estadía, dejó una honda huella, que el tiempo transcurrido no ha logrado aminorar.

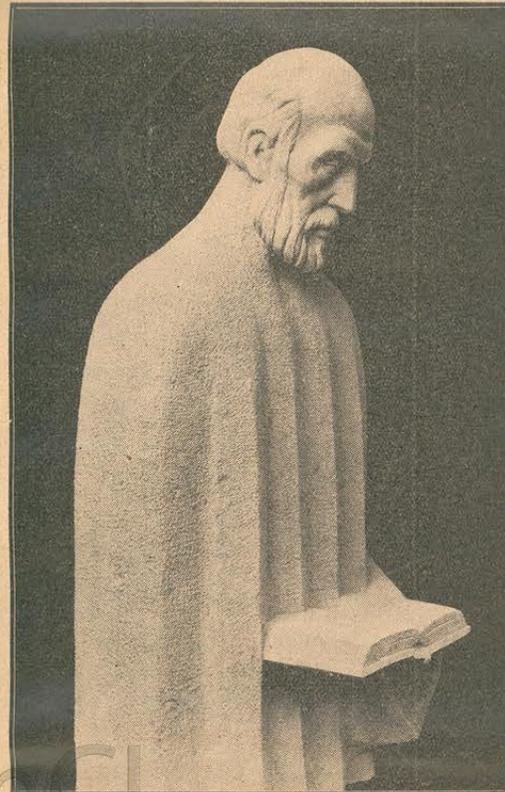
Fruto de aquel período de intensa actividad fué la creación de

riedad de los estudios y a una eficaz disciplina.

Pero de pronto la Escuela de Bellas Artes fué cerrada y toda aquella gente, que tanto había costado reunir, fué dispersada.

A los mejores — o a los que se creía mejores en aquel tiempo — los mandaron a Europa a estudiar diversos ramos artísticos. Fueron cerca de treinta entre maestros y alumnos. Claro está que movilizar esta gente, pagar su estadía y sus estudios en el viejo continente, costaba no poco dinero. Pero los directores de entonces decían que bien valía esto la pena ya que del viaje de los pensionados iba a resultar un provecho indudable: el arreglo definitivo de la enseñanza artística en nuestro país. Se trataba de darle un sentido práctico,

El Escultor Lorenzo Domínguez



RAMON Y CAJAL

Lorenzo Domínguez.

de Dibujo de este año no hizo ninguna Exposición de las obras ejecutadas en el período escolar, cosa que no ha sucedido otros años.

Todo esto que a los ojos profanos bien puede aparecer, como asuntos domésticos, tiene su repercusión en los salones anuales de pintura. Así podemos decir que el Salón del año 28, perteneció todo él a la nueva generación, es decir, a los reformadores que el Gobierno había llamado para reorganizar la Escuela. El año 29 — en Europa los jóvenes reformadores y dispersados los restantes — la cosa estuvo más repartida. Ya el año 30 dominan los "poetas del pincel" y a los otros sólo en calidad de parientes pobres se les admite.

Dueños, aquellos, de la Dirección de la Escuela, reducido el papel del Departamento de Extensión Cultural y Artística a la de mero espectador — un diario de la tarde anunció que el señor Fossa había pedido su supresión — se adjudicaron las salas de preferencia, se

En medio de la agitación artística de la segunda mitad de 1930 se nos ha mostrado la personalidad del escultor Lorenzo Domínguez.

Cuando buscábamos con afán la nota nueva y sobresaliente — que nos trajera una voz — de esa juventud que deseaba manifestarse con más libertad y que había acudido al llamado de "La Nación", nos detuvimos con sorpresa ante dos cabezas escultóricas que nos revelaban un temperamento desconocido que marchaba por línea certera. Eran dos obras: "Ramón y Cajal" y "Lenia". Dos retratos psicológicos tratados con sabiduría.

Esa primera manifestación que teníamos de Domínguez nos habló con desenvoltura y nos llevó a estrecharle las manos.

Lorenzo Domínguez es chileno. Regresó a esta tierra sólo en setiembre último, después de 10 años de ausencia, 10 años que vivió en España. Allá en Madrid, mientras estudiaba medicina iba constantemente monologando el deseo de plasmar formas que le acicateaban y que no alcanzaba a definir. El ansia de crear por fin le cogió y sus primeras obras recibieron la voz de aliento de dos o tres destacadas figuras de la avanzada española. Y eso solo bastó allí para acogerle.

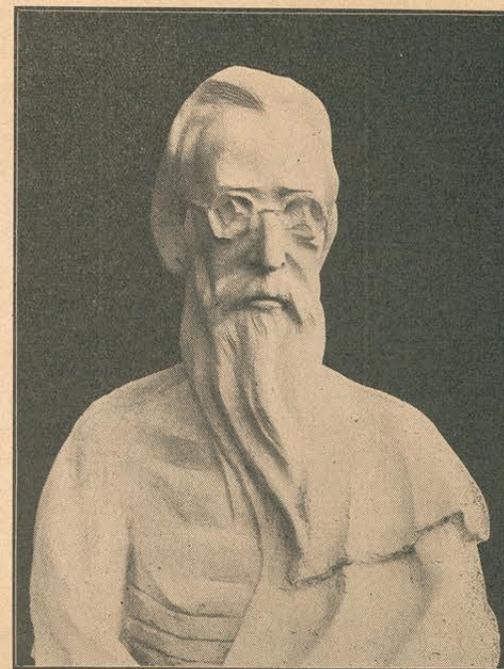
Domínguez es muy joven aún. Es un gran trabajador y un estudioso. Nos habla del porvenir de América, como de una cosa lejana, pero de la cual no desconfía. Ha llegado él en una hora muy difícil de nuestras artes. El concepto escultórico está extraviado entre nosotros y esta juventud de hoy es la que debe ir al sacrificio.

Lorenzo Domínguez viene empapado aún del recuerdo magnífico de Julio Antonio, a quien considera el exponente más puro del último tiempo español. Nos habla con calor de sus amigos: Juan Cristóbal, Emiliano Barral y Víctor Macho.

Damos en este número dos muestras de la obra realizada por Domínguez en España: un detalle de la estatua en piedra a Ramón y Cajal, ganada en concurso y destinada a la Ciudad Universitaria de Madrid y el busto de don Ramón del Valle Inclán.

Más apreciaciones técnicas sobre su manera de hacer las ha podido captar el público perfectamente en el Salón Oficial que acaba de clausurarse y que le recompensó con mezquindad. La crítica ni siquiera se preocupó del artista.

Barack Cannut de Bon.



RAMON DEL VALLE INCLAN

Lorenzo Domínguez.

V.

C R O N I C A

alfredo demaría

Demaría era casi una suma de individualidades. A su temperamento apasionado, alegre, dispuesto siempre a las grandes humoradas, unía una capacidad intelectual que le permitía el acceso a todas las disciplinas.

En varias ocasiones, mientras estudió, dos meses antes del examen encajonaba sus textos y se entregaba a la lectura de obras puramente literarias; pero esto no impedía que, llegada la hora de examinarse, su examen fuese el mejor.

A los veinte años era presidente de la Federación de Estudiantes y tenía un aspecto completo de niño; pero era un niño que podía entrarle el habla a muchos hombres.

En uno de esos días, después del primer asalto preliminar, alguien anunció en pleno salón con la voz alterada que un grupo de empatriotizados venía a repetir el hecho.

Demaría bajó la escalera de cuatro en cuatro gradas y se apostó en la puerta con un pequeño revólver en la derecha mano. Los manifestantes debieron notarle una muy terrible decisión, porque no intentaron siquiera detenerse.

Tan pronto como recibió su título pasó a una ciudad sureña. Allí ocupó sus horas en ampliar su cultura; aprendió nuevos idiomas, se impuso de la literatura económica y del movimiento social y realizó otros estudios de índole profesional.

Escribía con asombrosa facilidad y en el estilo que más le convenía. Manejaba muy bien la eutrapelia. Poco después del asalto y destrucción de la Federación de Estudiantes hizo publicar una carta que parecía una explicación, pero que sólo era la más fina y certera de las burlas.

Aunque nunca fue periodista era capaz de sentarse ante una mesa y escribir tres o cuatro artículos en una jornada, sobre diversos asuntos y en tonos opuestos también.

No hablaba demasiado. Y al hacerlo era esquemático, casi fragmentario pero muy preciso, y lo decía todo. Rehuía el tono discursivo. Su voz delicada, delgada, le daba a los argumentos una especie de condicionalidad. Con él no rezaban las frases hechas ni las multilíneas románticas.

Podía suponerse que un hombre de tan singulares cualidades fuese presuntuoso. Ocurría lo contrario. No se daba ninguna importancia. Era modesto por naturaleza. Entre él y los demás no había ninguna barrera de esa clase. Cuando alguien quería ponerlo en situación espectable se escurría y molestaba.

A Demaría se le quería en el instante mismo de conocerle. Era muy acogedor. Escuchaba a los jóvenes estudiantes con interés aunque la conversación de estos careciese de médula.

Cuando volvió Alessandri de Roma, se abrió entre los médicos un concurso para que uno fuese a estudiar a la Escuela de Higiene de John Hopkin y,

como era natural, Alfredo Demaría, fué el designado.

Algunos años más tarde recibía su título de Doctor en Higiene. Es menester dejar constancia de que fué el primer sudamericano agraciado con ese título.

Su libro "La Higiene Pública en los Estados Unidos" que sirve de texto a la Escuela de Higiene, lo publicó a poco de llegar.

No puede ser ninguna sorpresa, para los que le conocieron, saber que toda la redacción del nuevo Código Sanitario sea totalmente suya, y suya también la creación de la Escuela de Higiene, la primera en Sudamérica, y que la Universidad de Chile le contratase para la cátedra de Higiene, cosa que generalmente no ocurre con los demás chilenos, porque su inteligencia lucidísima lo capacitaba para eso y para muchas otras faenas intelectuales.

Porque reunía tantas virtudes morales y espirituales y por el encanto extraordinario de su personalidad, sin parangón en nuestro medio, es odioso y laceraante escribir su nombre y la palabra muerte juntos, y leer los juicios mezquinos de personas que le niegan el derecho de hacer lo que hizo, cuando aportó al sacrificio su propia vida.

LA ESTATUA

Antes, en esa parte de la Alameda, había una rectangular plaza de juegos infantiles. Desde el tranvía uno podía abarcar en una sola ojeada los columpios volantes, los vertiginosos toboganes, las girafutas; y los palos del vaivén. Un pequeño mundo de chicleños, siempre diverso, unía allí sus risas, sus gritos y sus placenteros afanes; pero un día huyó la plaza, dejándole el sitio a un estatuá.

Sobre un pedestal de verdosa piedra se levanta el estatuado que es un hombre macizo. El carácter está en sus rasgos bigotes de bronce y en su brazo que se alza enérgico sobre un auditorio somnoliento. Su gesto finalmente se dulcifica porque en torno suyo se alzan únicamente árboles, árboles de frondosa copa.

Esa estatuá representa a don Carlos Walker Martínez, hombre recordado energicamente por los que fueron sus contemporáneos y olvidado de manera profunda por las generaciones jóvenes. Fué un apasionado de la libertad, un orador magnífico y dramático, escritor en todos los estilos, ministro, congresal, diplomático, guardián de la fe y pedestal de las tradiciones.

Viendo su verde estatuá uno siente la imperiosa necesidad de ver también a Latorre y Bilbao, hombres de derecho y libre examen; a Blest Gana, primer novelista de Chile; a Barros Arana por su historia y a tantos más; pero ocurre que esos hombres de fecunda singularidad no tienen monumentos.

No tienen monumentos porque son inolvidables.

VOLTAIRE Y LOS CURAS

Entró en la vasta sala enjambegada tres hombres. Uno está tonsurado y lleva traje talar. Es alto, voluminoso, rojo y habla con entusiasmo y frecuencia. Va fumando un desmesurado puro. Los otros dos usan vestimenta civil. Uno es bajo y delgado, con un pequeño bigote. El otro es un joven alto, severo, blanco y silencioso.

Siéntanse tras un espacio escritorio. Una treintena de alumnos aguarda tensamente el comienzo del acto. Se trata de un gran colegio clerical.

Su Reverencia, profesor de filosofía de ese curso, expresa en su lenguaje entusiasta:

—Aquí somos muy amplios. Se trata a todos los filósofos, incluso a los impíos. Ya verán ustedes mismos.

El examinador fiscal, el más pequeño, después de mirar la lista, pregunta con voz sin color:

—¿El señor Arrate?

Se pone de pie un jovencito muy bien peinado, muy blanco y de muy buena fachá. Espera ante el escritorio con las manos caídas.

—¿Podría decirme algo sobre Voltaire?

El muchacho se empuja, se entiesa y responde:

—Francisco María Arouet de Voltaire, filósofo francés, cuyas obras emponzoñan el alma con su aliento.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Hubo en el ala izquierda de la casa universitaria un simpático y recogido edificio. Allí se documentaron, tanto para sus labores periódicas como para sus memorias, muchas hornadas de estudiantes. Es, biblioteca era el monumento del rector Espejo.

En sus altísimas estanterías, en sus rojas alfombras, en los mesones laterales, en los asientos de bermeja madera, en todo lo que constituía la Biblioteca del Instituto Nacional, había algo profundamente acogedor.

Decía el rector Espejo, hombre enjuto y a menudo, negramente vestido:

—En el Instituto, tengo el orgullo de proclamarlo, no hay una sola pared tapada y en la biblioteca se siente sólo el vuelo de las moscas.

Pero como la bestia apocalíptica no duerme eternamente, despertó un día bajo ministerial apariencia; y fueron dispersados los libros, que con tantos afanes se juntaron, así como el demente legendario repartió las margaritas; y los muros, altos y nobles muros, muros que no debieron tocarse jamás, cayeron también implacablemente.

Desde entonces hay allí un hoyo que ni siquiera ha servido para cementerio de vesánicos. Permanece abierto como un

símbolo. Y es motivo de vergüenza para los unos, que fueron buenos, y para los que no aprobaron ese acto, pero tampoco protestaron.

Ahora que en el ministerio se encuentra un escritor ¿no convendría gestionar la construcción de otra biblioteca con el mismo objetivo que la derruida?

Si así se obrara, en un rincón del edificio, en toscos caracteres de cemento, se podría escribir para halago de los idealistas: "De sus muros demolidos se amasó la tierra de sus nuevos muros".

JUAN GOMEZ MILLAS

El nombramiento de Secretario General de la Universidad de Chile, recaído en Juan Gómez Millas, es una promesa de renovación y salud espiritual.

Gómez Millas, es actualmente un profesor meritorio, muy dedicado a sus estudios especiales y con una latente curiosidad por todos los problemas del conocimiento. En su cátedra del Instituto Pedagógico, se está formando una generación de profesores de Historia ganados desde ya para la investigación.

Su propia juventud le permitirá ver más precisamente las necesidades de los estudiantes y estamos ciertos de que la Universidad de Chile, hasta hoy circunscrita a preparar profesionales, se abrirá para todo el país, mediante un adecuado sistema de extensión cultural. La Universidad debe aportar sus elementos científicos a la resolución de cuanto problema plantea nuestra vida nacional.

NO TIENE NOMBRE

Cuando dominaba la baja política, los leguleyos formaron gran alboroto porque la Protectora de la Infancia se adueñó de una parte de la calle Vásquez.

Aseguraban que un lugar de uso público: una calle, un parque, una plaza o jardín, no podía ser enajenado ni concedido, aunque fuera temporalmente, para ningún fin particular. Apoyándose en tan deletérea doctrina obtuvieron que el trozo de calle fuese devuelto a la comunidad.

¿Qué dirían esos necios si supieran que ahora un municipio progresista ha renovado una concesión en el parque Forestal y ha permitido que en los vistosos jardines de Recoleta puedan establecerse fruterías, cantinas, cafeterías y otros negocios de rara índole?

Afortunadamente esos individuos ardidosos, fanáticos del derecho, han perdido la confianza que se les dispensaba antaño, y nada podrán hacer contra la obra de progreso que se viene realizando.

G. V.

DIVULGACION

LA REVOLUCION ECONOMICA DEL SIGLO XVI

(Conclusión)

EL COMERCIO DE ULTRAMAR Y LOS BANQUEROS DE AMBERES.

—Dado el estado de la técnica naval, las únicas mercaderías que podían dar origen a un gran comercio de ultramar eran los metales preciosos y las especias. La propia naturaleza de estas mercaderías y la inseguridad de las rutas, daban a este tráfico el carácter de un servicio público, por lo que hicieron de él un monopolio del Estado. Así, el comercio de las Indias se concentró en Lisboa, en la CASA DA INDIA E DA GUINEA, y el de América en Cádiz, en la CASA DE CONTRATACION.

Mas, como ni el rey de Portugal, ni el rey de España poseían los capitales suficientes para armar sus flotas, ni para distribuir sus especias y sus metales a través del continente europeo, se vieron obligados a recurrir a los marinos holandeses y a los banqueros alemanes, que tenían sucursales en Amberes. Estos serían los verdaderos beneficiados con la revolución geográfica.

Amberes llegó a ser el gran centro comercial de Europa; allí se encuentran los agentes portugueses y españoles con los comerciantes y banqueros alemanes, italianos y judíos conversos de origen portugués (MARRANOS) que han instalado en ella sucursales de los bancos que poseen en Augsburgo, Nürenberg, Génova, Venecia, etc. Su influencia se extenderá luego a Lisboa y en seguida a Madrid, a partir del advenimiento de Felipe de Austria al trono de Castilla. Ya veremos cómo culminó bajo el reinado de Carlos V.

EL CAPITALISMO FINANCIERO Y LA POLITICA.—Estas estrechas relaciones entre los gobiernos y los hombres que manejan el dinero son una consecuencia de la revolución política, del paso del Estado medioeval al Estado moderno.

En efecto, los Estados del siglo XVI siguen con el antiguo sistema de rentas de un Estado feudal y tienen, en cambio, las obligaciones de un Estado moderno. Como tales rentas las reciben sólo en épocas distanciadas y en lugares diversos, en un momento dado se hallan sin dinero y tienen que recurrir al CREDITO. La Casa de Austria recurre a los banqueros de Amberes, mientras Carlos VIII, Luis XII y Francisco I hacen las guerras de Italia con el oro de los banqueros italianos que tienen sucursales en Lyon.

Al mismo tiempo, las ferias cambian de fisonomía. Se transforman en BOLSAS internacionales (Amberes, Lyon), donde se trafica sobre los VALORES que las mercaderías representan, sin que sea necesario, por lo tanto, conducir las mercancías, como se hacía en las antiguas ferias. El capitalismo financiero adquiere, en consecuencia, una mayor importancia que le permite penetrar-se con la vida política. No se concreta ya al comercio del dinero, sino que considera al crédito público y privado y a

los títulos como valores en sí, negociables y trasmisibles.

Esto dió origen al CAMBIO INTERNACIONAL y a una activa especulación sobre el especulación que no podía menos de desconcertar la moral económica tradicionalista. Famosos como especuladores fueron en esta época Gaspar Ducci y Leonardo de Benevento.

Entre los financistas hay que mencionar a los Függer, los Welser, los Gossenprot, los Imhoff, los Tucher, los Grimaldi, los Médicis, etc., etc., verdaderos NUEVOS RICOS de la época. En sus palacios y en sus castillos hacen vida de corte, rodeados de artistas y de humanistas e interviniendo con sumas fabulosas en las empresas políticas de su tiempo.

Contra ellos se alza el odio del pueblo y la hostilidad de los teólogos, que consideran "usura" el préstamo a interés y las operaciones a plazo; mas todo fué inútil. El calvinismo será el primero en venir en ayuda del capitalismo financiero, al aceptar como lícitas tales actuaciones.

LOS FUGGER Y LA ELECCION DE CARLOS V.—Donde mejor se observa la influencia de los grandes capitalistas es en la elección de Carlos V, como emperador de Alemania. La lucha electoral que éste sostuvo por la corona imperial con Francisco I de Francia se caracterizó por las grandes vacilaciones de los electores, que tan pronto se inclinaban al francés como al flamenco, al decir de muchos historiadores, por obra de escrúpulos de conciencia. Pero la razón es otra: Carlos V triunfó, porque contaba con el apoyo financiero del capitalismo holandés y alemán, representado principalmente por Jacob Függer, de Augsburgo.

"En esta lucha de dinero — dicen Hauser y Renaudet — Francisco I se creía el más fuerte, porque era el más rico. Pero, la técnica del crédito, a pesar de las relaciones del rey con los banqueros de Lyon (de nacionalidad italiana), estaban mucho menos avanzadas, del lado francés que del lado alemán". Carlos V trató con los Függer y los Welser, con lo cual se aprovechaba de toda la organización bancaria alemana, y con las casas florentinas y genovesas, lo que le permitía cortar a su rival todo posible crédito en Génova y en Lyon.

Con esto, los Függer y demás financistas, francamente de parte de Carlos, se negaron a aceptar letras de cambio del rey francés, por lo cual éste se vió obligado a pagar en dinero contante y sonante a los electores. Pero, tan pronto como les pagaba, la "conciencia" de éstos, les hacía un deber de no creer sino en el simple papel, es decir, en las letras de los banqueros, o mejor dicho, de Jacob Függer, que poco a poco había logrado reservarse casi totalmente el monopolio de la gran operación financiera.

En resumen, los electores, que ya habían recibido dinero EFECTIVO de Francisco I, concluyeron por votar a favor de Carlos V, que les había pagado con letras que se harían efectivas DESPUES de la elección por Jacob Függer, siempre que el rey de España fuese elegido "rey de los romanos". De no serlo, los Függer se hubiesen arrojado y los electores no hubiesen recibido el pago de sus letras. Por esto, fué elegido Carlos de Austria emperador de Alemania. La "operación" costó 850.000 ducados, de los cuales más de 100.000 fueron para el Arzobispo de Maguncia.

Se ha encontrado en los archivos una de aquellas letras de cambio que fijaron los destinos del mundo. Dice así: "Jesús en Zaragoza, a 9 de enero de 1519. Nosotros pagaremos por esta primera de cambio en el mes de abril próximo a Pablo Armstorfer, caballero de la casa del rey católico de España, 10.000 florines, en esta ciudad de Francfort, y nos obligamos a pagar en este plazo a los electores del Imperio a voluntad del mencionado señor Pablo Armstorfer. SIEMPRE QUE SEA ELIGIDO EL REY CATOLICO DON CARLOS COMO REY DE LOS ROMANOS. Y que Dios sea con todos".

Debe agregarse, por lo demás, que la elección se hizo en Francfort, ciudad donde el sentimiento nacional alemán era muy fuerte, y bajo la presión del ejército de la liga de Suabia, a sueldo del rey de España por tres meses. La liga y el condotiero Francisco de Sickingen, jefe de las tropas, recibieron 171.000 florines.

LA CRISIS FINANCIERA DE 1559.—El siglo XVI conoció la primera de las grandes crisis financieras. Empezó hacia 1555 y alcanzó su punto culminante en 1559, año en que obró decisivamente sobre la política internacional, determinando en gran parte el término de la vieja rivalidad entre Francia y España, iniciada en 1494 con las guerras de Italia.

La crisis comenzó en los países mencionados, que tanto habían abusado del crédito público desde principios del siglo. La política económica de Carlos V había sido, principalmente, una política de empréstitos solicitados a los banqueros alemanes a cuenta de los impuestos por percibir y de los tesoros americanos por llevar. La elección imperial de 1519, por otra parte, no había podido ser liquidada, a pesar de que las tierras de los órdenes de caballería, las minas de plata de Guadalcánal y los yacimientos de mercurio de Almadén habían sido concedidas a los Függer, así como lo fué la colonia de Venezuela a los Welser. Las luchas del emperador con los reyes de Francia y con los enemigos que estos le suscitaron en toda Europa, lo obligaron a contratar nuevos empréstitos para proseguir la y para extinguir las antiguas deudas. En 1554, decía el futuro Felipe II que el déficit era de 3.135.000 ducados.

Los dos monarquías no podían ya pensar en contraer nuevos empréstitos, pues su doble bancarrota había afectado, como es natural, a los banqueros europeos. La crisis de inflación, que duraba desde los primeros veinte o treinta años del siglo, terminaba con un verdadero krac. Desde 1557 había sido preciso prorrogar los pagos en la bolsa de Amberes; de 1559 a 1560, el extraordinario desarrollo del crédito, que había caracterizado en el terreno económico al Renacimiento, se detiene. En los cinco años siguientes se suceden las quiebras de los grandes banqueros, (Continúa pág. 14).

LA ARQUEOLOGÍA Y

La presente monografía es una conferencia dicha por el Señor M. H. Lavachery, Secretario de la Sociedad de los Americanistas de Bélgica, en el Palacio Mundial de Bruselas el 22 de febrero del pasado año, con motivo de la inauguración de la sección mexicana en el mencionado edificio.

EL PERIODO ARCAICO

Si, de todos los hechos en México que atraen la atención del mundo contemporáneo, he escogido hablar de su arte, no es sólo porque me es más familiar que la política, la geografía o la economía de ese país, sino porque ante todo México es la única nación de las dos Américas donde el arte no ha dejado de ser nunca una cosa viva, y eso desde la época remota de sus inmigraciones arcaicas hasta el momento actual en que podemos encontrar en México algunos de los mejores pintores de este tiempo.

El arte de hoy, ya sea el de los artistas que viven de su arte, o el de los artesanos populares que prodigan su destreza y su buen gusto innato, está estrechamente ligado al de ayer. Los dones artísticos de la raza indígena de México, que es la que ha permanecido más pura, parecen haber resistido a los largos siglos de esclavitud. Nosotros seguimos, por lo demás, sus rastros al través de la historia y, si a veces, nos parecen sumergidos en la barbarie de una época confusa, los vemos reaparecer más tarde como esas corrientes subterráneas de Yucatán cuyo cauce se vislumbra en el fondo de los pozos sagrados, en donde los antiguos habitantes, en tiempos de sequía, precipitaban a las víctimas para propiciarse el dios de la lluvia. Era ese dios, y también el Sol devorador, el que adoraban los primeros mexicanos.

Los arcaicos, es así como se les nombra, no poseían sino un arte rudimentario de la piedra y de la cerámica. Era el arte balbuciente de los comienzos de toda la historia. Este no tiene ninguna tendencia naturalista sino que, al contrario, se encamina a una grosera idealización de las formas, las cuales están sujetas al volumen del bloque de piedra empleado y a la técnica primitiva de los alfareros. La arquitectura exclusivamente idólatra ha desaparecido por completo. Las razas arcaicas, probablemente en una época que se sitúa entre los principios de la era cristiana y el quinto siglo de esa era, fueron sumergidas casi por completo por los invasores de la raza nahuatl. Provenientes de las llanuras de la América del Norte, entre el Mississippi y las Montañas Rocallosas, estas razas guerreras por naturaleza, no aportaron nada nuevo en cuanto a elementos de civilización, sino es quizás, algunas formas de arquitectura civil. Créese que son una aportación nahuatl las construcciones de adobe que se encuentran en las aglomeraciones de Arizona a Nuevo México y que se llaman "pueblos" cuando están situados en la llanura y "clif dwelling" (habitaciones de los riscos) cuando es-

tán erigidas al abrigo de las rocas. Se encuentran huellas de esta civilización al norte de México, en el desierto de Chihuahuá. Pero la verdadera civilización mexicana aparece con un pueblo cuyos orígenes son todavía inciertos, pero del que, sin embargo, pueden discernirse las primeras fundaciones en los Estados orientales de Estados Unidos, en Georgia, Alabama y Mississippi. Este pueblo fué designado con el nombre de "Olmecas", por los cronistas españoles, como el padre Sahagún, que se hicieron eco de las tradiciones indígenas.

EL ARTE DE LOS TOLTECAS

Los olmecas, al mezclarse a las razas que encontraron en su camino, crearon diferentes civilizaciones que constituyen la gloria del México precolombiano. La más grandiosa de todas es la de los toltecas, mezcla de olmecas y de nahuatl que pobló el centro del territorio mexicano. Más lejos hacia el Sur, desde los Estados de Chiapas y Campeche hasta la actual República de Honduras, encontramos a los "Mayas", que vienen a ser la última encarnación de los olmecas. Al arte tolteca pervenecen los más bellos monumentos del antiguo México. Los magníficos edificios sacros, reunidos, no lejos de México, en San Juan Teotihuacán, son sin duda los más célebres. La pirámide del Sol, el templo de Quetzalcoatl, la pirámide de la Luna, se agrupa con otros templos de menos importancia a lo largo de una avenida destinada a las procesiones y a las peregrinaciones. Las grandes características de la arquitectura mexicana se encuentran en Teotihuacán. Primero, su carácter estrictamente astronómico. El conjunto de los monumentos está rigurosamente orientado de manera que el Sol levante espatezca frente a la entrada principal de los santuarios, mejor dicho, frente al altar donde se celebraban los sacrificios humanos. Cada santuario está aislado, en el centro de una plaza rigurosamente separada de la ciudad y al mismo tiempo sobre un montículo de tierra, recubierto de piedra y accesible que recibe el nombre, arbitrario por lo demás, de pirámide. Toda civilización de origen olmeca, lo repito, está inscrita bajo el signo de la astronomía. Deseo recordar a este respecto que los mexicanos conocían el año solar de 365 días y fracción y que sabían calcular los eclipses. Los monumentos toltecas son de una austeridad de líneas: sus formas, basadas sobre la geometría lineal, están hechas para agradar a nuestros más modernos arquitectos. El adorno está siempre sujeto a una severa ley de conjunto y es sobria y rara. La estatuaría participa de la misma simplicidad y llega casi siempre hasta la grandeza. El Museo Nacional de Arqueología, Etnografía e Historia de México conserva alguna de las obras maestras de la escultura tolteca. Mas ese acervo noble, ese desdén de una vana elocuencia decorativa, se encuentra también en obras de menor importancia, como máscaras votivas en mármol, figurinas de divinidades talladas en pie-

dro volcánica o en jadeita verde, así como también en esas figurinas funerarias o votivas en barro cocido que se encuentran por millares alrededor y en el suelo de los grandes santuarios mexicanos. Las colecciones del Museo del Cincuentenario son bastante ricas para que se pueda formar una idea precisa del estilo tolteca al examinar las piezas de un formato reducido. A este respecto, la Sociedad de Americanistas, de la cual soy secretario, se complacerá siempre en guiar, en la Sección precolombiana, a las personas que deseen visitarla con algún detenimiento.

Los toltecas fueron, en el siglo XII de nuestra era, invadidos por una nueva ola de asalto de los nahuatl, por los aztecas. Estos conquistadores y organizadores continuaron empleando como maestros de obra y como obreros a los toltecas vencidos. Pero no aportaron nada de nuevo al arte de sus predecesores. Sino al contrario, éste en la época azteca, se hieratiza en extremo y se empobrece.

El arte maya debe tal vez, a su clima tropical una mayor abundancia decorativa, un sentimiento más exuberante de la vida, que el arte tolteca. Hemos visto que los mayas poblaron desde el Estado de Chiapas hasta lo que es hoy Honduras. Varias ciudades, mejor dicho, varios templos y palacios, ya que toda la arquitectura civil ha desaparecido por completo, han sido descubiertos en medio de selvas exuberantes. Los lugares más característicos de este arte maya que se ha dado en llamar arte del primer imperio Maya, son, sin duda, Copan en Honduras y Palenque en el Estado de Chiapas. La escultura maya es inseparable de la arquitectura. Nada ha llegado hasta nosotros de la estatuaría en alto relieve de los mayas. Esta representaba en efecto a los Dioses y los españoles pusieron un celo fanático en destruirlos.

La característica de la arquitectura maya es lo que impropriadamente se llama la bóveda maya. Los mayas cubrían un edificio acercando insensiblemente las paredes por medio de piedras que avanzaban unas sobre otras. El techo estaba formado cuando una sola piedra podía servir de puente entre las dos superficies interiores inclinadas. Estas falsas bóvedas tenían una altura considerable, y sus superficies exteriores ofrecían a los decoradores enormes extensiones planas que la imaginación decorativa de los mayas se complacía en cubrir con motivos en verdad poco variados, pero de una gracia y de una armonía sin igual en América.

En Palenque la materia empleada para los decorados fué el estuco y la piedra esculpida. Los mayas representaron así todas las escenas de la adoración de sus dioses. Los personajes de los bajos relieves tenían una agilidad viviente, pues el dibujo es ahí casi tan puro como el de los Egipcios, aunque tal vez con un sentido más emotivo de la realidad. Tanto en Copan, Honduras, como en Quirigua, Guatemala, es donde se encuentran los monumentos plásticos más importantes de los mayas. Una

mezcla de estatuas y columnas, esas estelas sobrecargadas de ornamentos y de inscripciones, eran monumentos conmemorativos. Deseo señalar a este propósito que el Museo del Cincuentenario posee dos fragmentos de estatuaría maya del más puro estilo de Copan. Son estas piezas únicas en los Museos de Europa; y que por sí solas merecen la visita a la Sección precolombiana.

Entre los siglos IX y X de nuestra era, por motivos todavía misteriosos y que, sin duda, no eran extraños al empuje de norte a sur de los invasores aztecas, los mayas abandonaron sus colonizaciones meridionales. Fundaron entonces diferentes ciudades en Yucatán cuyas nombres son célebres en los anales de la Arqueología. Chichen Itzá y Uxmal fueron grandes centros religiosos enriquecidos con monumentos considerables. Estos son de un estilo que poseen a la vez la riqueza de los monumentos mayas del sur y el rigor geométrico de los santuarios toltecas.

En efecto, algunas de las tribus toltecas que se establecieron en el Estado de Campeche, por su vecindad con el Yucatán, se pusieron en contacto con los mayas inmigrantes. En las ciudades de Yucatán, la escultura menos que nunca se aísla del edificio. Los monumentos se ornan de bajos relieves poco profundos, mientras que algunos pilares asumen el aspecto de atlantes y de serpientes emplumadas.

EL PERIODO ESPAÑOL

El 13 de agosto de 1521, Hernán Cortés se constituyó en dueño y señor de la ciudad de México, así como del jefe del Estado y de los ejércitos aztecas. En 1524 se daba por concluida la conquista de los países mayas. Puede considerarse esta fecha como el punto final de la cultura y de las artes de México precolombiano. No hay que olvidar que, al principio, los españoles y sobre todo sus sacerdotes, que por otra parte trataban de dilucidar los sufrimientos del pueblo vencido, pusieron especial empeño en destruir todo lo que ellos creían que se relacionaba con una religión cruel e idólatra. Las estatuas divinas, los más variados utensilios que ostentaban decoraciones de figuras humanas o animales, los animales pintados sobre hojas de maguey especialmente preparadas, así como todos los objetos de arte, les parecían ser ídolos y eran destruidos por el martillo o por el fuego. Los incomparables "toltecas", que tal era el nombre que llevaban los artistas entre los aztecas, confundidos en la multitud de esclavos, eran empleados lo mismo para los trabajos del campo que para la destrucción de los edificios. Porque Cortés había tenido la idea neromática de destruir la antigua Tenochtitlán, capital del imperio azteca, para reconstruirla por completo a la usanza española. Le fué posible realizar su plan gracias al empleo que hizo de toda la población indígena. En lugar del gran templo de México, se levantó una catedral provincial que fué destruida en 1626, aunque los trabajos para

EL ARTE EN MEXICO

la erección de la nueva, que es la que existe hoy, comenzados en 1573, no fueron completamente terminados sino dos siglos más tarde. La catedral de México es, sin disputa el templo cristiano más bello y más rico de toda la América Latina.

Los monumentos y en especial las iglesias que después de la conquista comenzaron a erigirse en todo el territorio mexicano, trataron de substituir en muchos lugares los santuarios paganos. Acostumbrados a ir en peregrinaciones a ciertos lugares, los indígenas continuaron frecuentando esos nuevos templos, sin tener en cuenta, según parece, el cambio de nombre de la divinidad a la cual venían a rendirle homenaje. Religiosos por naturaleza, los indígenas se acomodaron a los santos católicos que, como sus antiguos dioses, velaban, por ejemplo, por la lluvia o por el bienestar y acrecentamiento de sus ganados. Tenían otra razón más de familiaridad con ellos: les habían construido sus iglesias; porque si bien es verdad que los arquitectos y los planes eran de España, la mano de obra era totalmente indígena. De allí que el estilo de los monumentos de la Nueva España se haya sentido de esta influencia. El estilo morisco primero, el estilo barroco después, se aclimataron fácilmente bajo el bello cielo mexicano. Pero, este último estilo, sobre todo, pudo ser interpretado por los indígenas con una abundancia y una riqueza desconocidas en la misma España. Por lo demás, no se le ha conservado su nombre europeo, pues el arte "colonial" difiere considerablemente del de la madre patria. Hay que haber visto los retablos de algunos altares de la catedral de México, así como la iglesia de Tepozotlán por dentro y por fuera, para formarse una idea de las riquísimas fantasías de estos decorados de piedra y de madera esculpida. La fantasía coloreada de los zulejos añade todavía una nota vibrante de luz a la suntuosidad desenfrenada de las formas. Estas, sin embargo, a pesar de su abundancia y de su variedad, no se apartan mucho en el detalle de los modelos venidos de España, y es más bien en el exceso cuantitativo y en la brillantez de sus colores, en donde se encuentra la huella de la móvil y férrea imaginación indígena. Es la única manifestación oficial del arte en donde nosotros no podemos descubrir la huella de las poblaciones vencidas. La pintura y la escultura en alto relieve que adorna todavía los nichos innumerables de las iglesias y de los retablos, contienen las tradiciones artísticas de España sin ningún brillo particular. Cosa curiosa y de la cual los belgas deben sentirse orgullosos, fué la de que la primera escuela de pintura en México, fué abierta por un belga, el monje franciscano Fray Pedro de Gante que fué uno de los primeros en catequizar a los indígenas. La escuela de Fray Pedro de Gante estaba en la capilla de San José en el convento de San Francisco de la ciudad de México.

LA EPOCA CONTEMPORANEA

Al lado de este arte a la vez religioso y oficial, las artes indígenas subsistían bajo una forma bastarda, pero que llevaba sin embargo la marca de las dotes de color y de estilo de las razas autóctonas. Durante varios siglos, puede decirse que el arte popular mexicano existió sin que los maestros de México se dignasen verlo. Con excepción de algunas colecciones de cerámica, como la que existe en el Museo de Arqueología de Madrid, y algunos objetos dispersos en las mansiones particulares o en los museos de México, no subsiste gran cosa de las artes populares mexicanas antes del siglo XVIII. Pero el Gobierno actual, que comprende y que respeta a la raza indígena, se ha ocupado de reunir lo que subsistía disperso del arte popular: ha hecho más, lo ha estudiado y lo ha estimulado y recientemente ha publicado una obra monumental de las artes populares en México, con magníficas ilustraciones. En fin, ha hecho una especie de balance que no está desprovisto de un cierto sentimiento de melancolía, ya que en él se ha podido constatar que en México, como en otros países, se acentúa la invasión de la pacotilla industrial que mata lenta, pero certeramente las artes populares. Sin embargo, las que aún quedan presentan productos de un encanto y de una originalidad infabables. Las artes populares de México se manifiestan principalmente bajo las siguientes formas: el "arte plumífero", es decir el arte de componer cuadros de flores y de pájaros por medio de plumas; este arte, que en línea recta del arte tolteca de la que la primera escuela de pintura en México, fué abierta por un belga, el monje franciscano Fray Pedro de Gante que fué uno de los primeros en catequizar a los indígenas. La escuela de Fray Pedro de Gante estaba en la capilla de San José en el convento de San Francisco de la ciudad de México. Pero el primer verdadero artista de la escuela mexicana fué Baltazar de

Echavé, el viejo. Varias obras de él subsisten en las iglesias de México. Estos pintores tenían todavía cierta pesadez primitiva que se afina y se llena de gracia bajo los pinceles de Luis Juárez y de José Juárez que pintaron en la primera mitad del siglo XVII. A éste último pertenece el cuadro quizá más célebre en México y que está en la iglesia de San Francisco, "La Aparición de la Virgen a San Francisco", donde parece mostrarse como por adelantado, un reflejo de la gracia distante de Murillo. Citaré todavía, entre los maestros más sabios, si no los más originales del México español, a Baltazar de Echavé, el joven, y a Sebastián de Arceaga. Este último era al mismo tiempo que pintor notario del Santo Oficio de la Inquisición. Era un español puro, formado además en una academia de la península. En el Museo de México, hay numerosas obras suyas, sobrias de color y de dibujo, y de una concepción grandiosa.

En la actualidad subsisten aún en plena vida las siguientes artes populares del arte de las telas. Todo el mundo ha visto esos admirables cobertores o abrigos que se llaman "zarapes" y que son tejidos por las mujeres de Oaxaca y de Michoacán. El color, nunca excesivo, sujeto a la armonía de dos o tres tonos, es de una sobriedad y de un carácter idénticos a los que buscan los artistas modernos. El arte del juguete: los hay de todas clases, en madera, en hojalata, en plomo fundido, en barro, en tela, en vidrio, en cartón y en papel. Toda la fauna humana o animal, así como las casas, las plantas, las creaturas fantásticas y todos los utensilios cotidianos, son representados por estos medios. Una colección de juguetes mexicanos, como la que yo he visto, da una idea casi completa de la vida en aquel país, pero con una nota de humorismo y con un profundo sentimiento del color. Pero la más importante y la más viva de todas las artes populares mexicanas, es, sin duda, la cerámica. Aldeas enteras se consagran a esa pequeña industria y cuentan con alfabetos famosos, descendientes, a la vez, de padres ilustres. Pero la gloria no parece turbar a ellos ni a su producción, y continúan viviendo, como sus antepasados, en casas de adobe. En verdad, la mayólica mexicana contemporánea, se parece mucho a la que importaron los españoles en el siglo XVIII, de las fábricas reales de Talavera, que a la mayólica azteca. Pero las fórmulas secas de los españoles, los colores estereotipados, han sido ampliados hasta la locura por el genio indígena. El decorado se ha hecho propiamente mexicano, y las formas mismas se han transformado en algo nuevo e imprevisto. Los productos de esta industria están en la actualidad muy extendidos, ya que su bajo precio cierra toda posibilidad a la competencia extranjera. Así, encontramos en ollas y platos, aves abigarradas como pericos y faisanes, sobre fondos, ahora de un negro brillante y uniforme,

de un bello verde de legumbre fresca: estos utensilios decoran tanto las cocinas de las mansiones como de los jacales indígenas. Y como la mayólica mexicana no es ni gruesa ni sólida, que es lo que constituye el mayor obstáculo para darla a conocer en el extranjero, se rompió con facilidad y los artistas rústicos tienen siempre trabajo.

Sin embargo, el Gobierno Mexicano actual, al mismo tiempo que cuida paternalmente de las artes populares, ha visto nacer gracias a su apoyo inteligente, una escuela de pintura moderna, que es la más bella y la más original de toda la América. Hace pocos años todavía no tenía más que algunos mediocre pintores de batallas y de retratos, vagos y distantes imitadores de la peor producción oficial de Europa. Después de la guerra, y desde que asumió el poder el malogrado Presidente Obregón, principio de nueva era para México, aparece el arte a la vez intensamente humano y profundamente nacional. Su representante más ilustre es Diego Rivera; este pintor estudió en París y ya sus obras de la época parisiense, en Montparnasse, durante la guerra, mostraban las características de una personalidad que se sabe sostener inmune a las influencias del medio que lo rodea. Cosa extraña, en esa época de su vida estaba más cerca de los pintores belgas, de un Van de Westjine, por ejemplo, que de algún cubista típico de París. Lo que tiene de común con nuestros pintores es un sentimiento profundo de la naturaleza y su misticismo revolucionario ocupa el lugar en él, de lo que en nuestros pintores tiene el sentimiento religioso. La obra maestra de Diego Rivera son los frescos que adornan las paredes del Ministerio de Educación en la ciudad de México.

Es ésta una obra colosal, pintada, como dejo dicho, al fresco y sobre cemento, por un procedimiento antiguo que Rivera ha vuelto a encontrar. Ha representado allí toda la vida del obrero, del artesano y del agricultor mexicano. Es un himno al trabajo, al mismo tiempo que a la libertad nueva de las clases populares.

Honra grandemente al Gobierno Mexicano el haber comprendido que a un artista como Diego Rivera se le tenía que ofrecer, no las telas de caballete para emborronar en la luz ficticia de un estudio, sino los muros de los palacios gubernamentales para adornarlos con sus frescos. Los del Ministerio de Educación engalanaron los muros del patio y otros de los corredores del segundo piso. El dibujo de Diego Rivera tiene una gran simplicidad; sus colores, siempre dominados por una preocupación grandiosa del estilo, mantienen una severa ley de sobriedad. No menos notable, pero sin duda menos ponderada porque su tendencia es más simbólica, es la obra de José Clemente Orozco, émulo de Diego Rivera en la pintura al fresco. A él también le ha confiado el Gobierno el decorado de escuelas y monumentos públicos, viviendo así para los grandes artistas un arte que fué

(Pasa a la pág. 15).

revista de revistas

¿Hay "Dumping" argentino?

UN MAL ENTENDIDO NACIONALISMO

Cierta prensa y en particular la Revista "Zig-Zag" emprende una sostenida campaña que parece tener un aspecto nacionalista simpático. Se trata de la defensa de las revistas y producciones artísticas nacionales contra la creciente competencia de las argentinas. Esto sería muy hermoso, si tales revistas y, sobre todo, "Zig-Zag" hubieran hecho algo por el arte, por la literatura y por los valores chilenos. No hay nada de eso. "Zig-Zag" no hace más que traducir malos cuentos franceses y mediocres artículos europeos. Ninguna gran pluma chilena, salvo dos o tres excepciones, aparece jamás en tal semanario. Nunca la tradición chilena, el cuento criollo, la evocación de costumbres, en que los argentinos son maestros, ha tenido allí un sitio predilecto.

Más aún: los escritores chilenos de renombre reciben efectiva ayuda pecuniaria de la Argentina y sus firmas honran y son honradas en columnas acogedoras como "Caras y Caretas", "La Nación" y "La Prensa". En la revista de "La Nación" han colaborado recientemente Juan Guzmán Cruchaga, Sady Zañartu, Ricardo A. Latcham y Gabriela Mistral. En "La Prensa" escribe Mariano Latorre. En "Caras y Caretas" aparecen a menudo las firmas de Manuel Rojas y de Marta Brunet. La reciente revista "Sur" ha pedido colaboración a las mejores firmas chilenas. Todo esto sirve más al nacionalismo que los gritos histéricos de las columnas del señor Helfmann y los llamados al patriotismo del Canciller Negro.

Los argentinos — y en esto consiste su grandeza, que debíamos imitar — labran su prestigio nacional por medio de una ayuda positiva a la literatura. Publicando a los viejos autores, en cuidadosas ediciones, a cargo de entendidos,

favoreciendo a las firmas serias, desarrollando el culto de la tradición, crece el concepto de la soberanía nacional.

Aquí, en cambio, se recorta y se vive de prestado. La Empresa "Zig-Zag" tomó de los argentinos hasta el nombre de una revista. "Para Todos" y "Para Ti" aborran comentarios.

Estos gritos rimbombantes prueban que la competencia argentina hace temer a los malos administradores de opacos magazines; chilenos, que de tales sólo tienen el nombre. Cuando hay solidez en la calidad de los materiales no se teme tanto al vecino.

Nuestro criterio continental de cooperación y nuestro nacionalismo de verdad nos hace tomar partido en este caso por la competencia leal.

En cuanto al "dumping" pretendido

Premios literarios en Alemania

Premios en sorprendente abundancia han llovido este año sobre los alemanes de letras; ojalá que resulten tan fecundantes como los chubascos primaverales bajo cuya caricia uno ve materialmente crecer el pasto y abrirse los capullos.

Tal vez el lauro más importante es el que se ha discernido con el PREMIO GOETHE de Frankfort al psicoanalista Sigmundo Freud. Acaso parecerá injusto que un premio literario se acuerde a un hombre de ciencia; mas, debemos recordar que Goethe no fué solamente una figura literaria, sino que dedicó porciones importantes de su actividad a la ciencia, luchando incesantemente por alcanzarla. Freud ha buceado más tenazmente que nadie en las profundidades tenebrosas de la conciencia y aunque no este mos de acuerdo con los resultados prácticos de su doctrina sobre las relaciones

delberg, el premio establecido en el bicentenario de Lessing. Son quince mil marcos oro, dados una vez cada tres años.

Las revistas argentinas se venden más baratas cuando han pasado algunos días de su aparición y eso sucede también con todas las publicaciones que se desvalorizan con el tiempo.

Es como si dijéramos que los suplementos de "Zig-Zag" por vender los números sin cupón del concurso de belleza a sesenta centavos luchan contra "Caras y Caretas".

Es de esperar que próximamente "Zig-Zag" procure mejorar su material con buenas firmas en vez de hacer economías. La competencia leal presupone mejor calidad y no gritar contra el vecino que da buenos artículos y magníficas colaboraciones pagadas.

R.

Suiza ha honrado a su Jacobo Schaffner con el premio del jubileo de la Fundación Schiller por su "Junglingsjahre des Johannes Schattenholt" que acaba de publicar.

Además, numerosos editores han repartido premios entre sus propios autores. Eugen Diederichs de Jena ha donado un premio de 10.000 marcos a Carl Haensel por su novela de la vida industrial titulada "Zwemann". El jurado del periódico "Die Junge Generation" confirió unánimemente el premio de la poesía a Guido Zernatto de Viena. Y por último, una curiosidad: la Academia de Ciencias de Amsterdam acaba de premiar a Hermann Weller por su obra latina: "Nominus primi". El erudito autor recibe recompensas semejantes por octava vez.

¡Hay premios para todo!

GABRIELE REUTER.

la revolución económica del siglo XVI

(De la pág. 11).

los Tucher, los Zangmeister, los Herbrodt, los Welsler, los Függer, etc.

A esto hay que agregar que las dos ciudades que servían de centros de la actividad financiera del continente. Amberes y Lyon, serán seriamente afectadas por los sucesos político-religiosos posteriores: REBELION DE LOS PAISES BAJOS contra Felipe II y GUERRAS DE RELIGION en Francia. La represión iniciada a sangre y fuego por el duque de Alba contra los sublevados terminaría de arruinar a Amberes en beneficio de Amsterdam, contribuyendo al engrandecimiento comercial y marítimo de Holanda, que pasaría a ser en el siglo XVII una de las más grandes potencias económicas de Europa.

En cuanto a Lyon, debido a su si-

tuación geográfica, sería ocupada, sitiada y saqueada alternativamente por católicos y hugonotes, perdiendo su calidad de gran centro de negocios.

LA EVOLUCION POSTERIOR.

— En los dos siglos siguientes — XVII y XVIII — se prosigue la expansión del capitalismo comercial y del capitalismo financiero que tanto auge habían alcanzado en la época de la Revolución Económica; pero ya a fines del último comienza a operarse en Inglaterra una profunda transformación que iba a dar origen a una nueva forma de capitalismo, el CAPITALISMO INDUSTRIAL.

En efecto, Holanda empieza a decaer debido a que toda su fuerza reposa en las formas comercial y financiera,

es decir, en el comercio marítimo y en el tráfico de los valores mobiliarios. Inglaterra, en cambio, y en parte la Francia, siguen aumentando su riqueza porque al lado de tales actividades desarrollan la exportación de los objetos creados por su industria.

Y de la industria inglesa, que ha dejado ya de ser una industria de gremios y corporaciones, nacerá a fines del siglo XVIII la llamada REVOLUCION INDUSTRIAL, por obra del desarrollo de las sociedades por acciones, del maquinismo, de la aplicación del vapor a los medios de comunicación y de transporte, etc., etc.

Sólo cuando este capitalismo industrial triunfe e imponga sus caracteres, al comercial y al financiero se podrá ha-

FCO. FRIAS.

NUEVO CUADERNO "INDICE" (De la pág. 4)

PORTALES O EL HOMBRE

DE LA ANTITESIS

Dentro de pocos días más, saldrá a la publicidad un nuevo cuaderno "Indice" que contendrá un interesante estudio de Mariano Latorre sobre "La Chilenidad de Daniel Riquelme".

Mariano Latorre con sus dotes de animador y su rico estilo, nos dará, en él, una magnífica evocación de la personalidad del escritor y del ambiente en que le correspondió actuar.

Nadie mejor que Mariano Latorre podría haber iniciado entre nosotros esta clase de estudios, biografías llenas de animación y contenido humano, que nos dan una interpretación integral y viva del personaje; lo capacitamos singularmente para ello sus cualidades de novelador y de estudiosos.

Es de desear que el estudio de Mariano Latorre sobre un escritor tan nuestro como es Daniel Riquelme, sea el punto de partida de una provechosa revisión de va-

lores nacionales, hecha con la firmeza de una sólida y comprensiva investigación, unida a la calidad estética que da a sus empresas el verdadero talento literario.

(De la pág. 13)

LA ARQUEOLOGIA Y EL ARTE EN MEXICO

hecho para el pueblo y que debe tener siempre ante sus ojos.

En esta constatación del sentido artístico de México, de origen netamente indígena, como lo expuse al principio, lo que deseo hacer notar. Desde su infancia, el mexicano tiene un sentido original de la forma y del color. Los programas de la enseñanza de las artes en las escuelas lo han comprendido perfectamente. Yo deseo que todos visiten la exposición de

dibujos y de pinturas de niños mexicanos que se abrirá próximamente en el Palacio de Bellas Artes. Son obras de niño de las escuelas, entre 12 y 17 años. Veréis ahí, sin duda, la prueba evidente de esta tendencia de la raza mexicana, tendencia que he escogido entre todas las suyas y que he querido sacar a la luz ante vosotros, hoy: el sentimiento de la belleza!

M. H. LAVACHERY.
(Versión de Rafael Lozano)

Raúl Silva Castro.

INDICE

Necesita para desarrollar su programa cultural,

1,000 SUSCRITORES MAS
MIL SUSCRITORES

¡SUSCRIBASE SIN TARDANZA!!

DIRECCION POSTAL:

CLASIFICADOR 24-A -- SANTIAGO

SI MEJORAN NUESTROS MEDIOS,
MEJORARA TAMBIEN LA ACCION
CULTURAL QUE QUEREMOS REALIZAR

CONFERENCIAS Y CURSOS INDICE

REVISTA INDICE - CUADERNOS INDICE

LA NUEVA EVOLUCION POLITICA HINDU

El problema de gran trascendencia que actualmente ocupa la atención de los altos círculos mundiales es el referente a la nueva forma de gobierno que se implantará en la India y que ha de consultar los puntos de vista de Inglaterra y las aspiraciones de los delegados de ese país a la Conferencia de Mesa Redonda. No hay razón alguna para afirmar que los ingleses no acepten la participación de los hindús en el gobierno, ya que el Acta de 1833 en su artículo 87 desvirtúa tal aseveración.

A pesar de la declaración de Lord Minto que en 1910 sostenía que el régimen representativo de la India era inaplicable, ya que las condiciones del país hacían imposible la representación popular, Mr. E. S. Montagu manifestaba que la política del gobierno de Su Majestad debía buscar un medio por el cual fuera posible establecer un sistema parlamentario en la India, como parte integrante del Imperio británico.

Una vez que Mr. Montagu hubo sido nombrado secretario de Estado para la India se preocupó seriamente del problema y en colaboración con el Virrey Lord Chelmsford y otros asesores elevó un informe en 1917, en el cual hace las indicaciones del caso para llevar a la práctica los buenos deseos del gobierno.

Como resultado de los desvelos de Mr. Montagu y sus colaboradores se aprobó un proyecto en 1919 que obedece al nombre de **Acta del Gobierno de la India**.

Este documento contemplaba la implantación del régimen parlamentario y la promesa de convocar, después de diez años de plazo, a una comisión que haría las recomendaciones para el futuro.

Esta comisión, que se conoce como la **"Comisión Simon"**, ha publicado un informe cuya primera parte está destinada a enumerar las dificultades que se encuentran en la India para establecer una nueva forma de gobierno.

Para poder dar una idea exacta acerca de la naturaleza de estas dificultades, hay que establecer un paralelo con la situación de otros países en que está en vigencia el régimen representativo.

En general, se puede decir que en aquellos pueblos en los cuales se ha introducido el parlamentarismo existen un mismo idioma, creencias religiosas y costumbres sociales más o menos parecidas.

La India constituye en este sentido la antítesis de los pueblos de

otros continentes ya que son profundas en ella las diferencias raciales, lingüísticas, religiosas y sociales.

Tarea larga sería enumerar en este artículo las enormes barreras que hay que salvar para llegar a la fórmula única del gobierno autónomo de la India, de manera que procederé a estudiar el régimen que existía a la llegada de la Comisión Simon y algunas de las proposiciones hechas por ésta.

La comisión encontró implantada y en pleno funcionamiento la forma de gobierno emanada de la Acta de 1919.

El sistema era muy curioso, pues en las provincias la administración había sido dividida en dos partes. Los asuntos concernientes a impuesto sobre la tierra, control sobre los tribunales, policía y prisiones eran administrados por el Gobernador y un Consejo ejecutivo que no eran responsables ante el Congreso legislativo provincial, sino ante el parlamento británico, sirviendo como intermediario la secretaría de Estado para la India.

Los problemas relacionados con la educación, sanidad, obras públicas, agricultura y gobierno local estaban confiados a ministros responsables ante el consejo legislativo provincial.

De acuerdo con lo que acabo de exponer el Gobernador ejercía una doble función ya que para ciertos problemas administrativos era el jefe del Ejecutivo y para otros se encontraba en la situación de un dirigente constitucional. Este sistema es el que se conoce bajo el nombre de **"Diarquía"**.

Esta forma de gobierno era la que existía en las provincias cuando la Comisión Simon llegó a hacerse cargo de las funciones que le habían sido encomendadas.

Antes de analizar las principales conclusiones de la Comisión Simon, podía preguntarse: ¿Cuál era el objetivo principal de la Diarquía? — El objetivo principal de la Diarquía consistía en la introducción del sentido de responsabilidad en las relaciones entre los consejos legislativos y en parte con el ejecutivo en las provincias.

El concepto fundamental del sistema diárquico que hace residir en los ministros una responsabilidad absoluta para determinados problemas constituye su punto débil, de modo que John Simon y sus asesores propusieron de inmediato la abolición de los consejos ejecutivos y la transferencia del gobierno en las provincias a mi-

nistros responsables ante la legislatura.

Esta sugerencia señala la orientación definitiva hacia el establecimiento del gobierno autónomo en la India. Es indudable que existen graves peligros especialmente en lo que se relaciona con el control de la policía que sería entregado a los ministros responsables ante los cuerpos representativos, que han observado hasta el momento una actitud hostil hacia aquella rama de la administración encargada del orden y el respeto a la ley.

Este aspecto es de muy difícil solución debido al antagonismo reinante entre las grandes comunidades religiosas de los musulmanes e hindús, lo que imposibilita la acción de la policía, ya que ésta reúne en su seno a representantes de ambas razas.

Sin embargo, la Comisión Simon abordó el problema penetrada de las elevadas funciones de que estaba investida, confiriéndole al Gobernador la facultad de nombrar a dos personas, que pueden ser europeos o hindús para que compartieran la tarea del gobierno con los miembros de su gabinete.

En casos de emergencia, el Gobernador asumiría la totalidad del poder de acuerdo con facultades extraordinarias que podrían conferirsele.

Naturalmente esta medida se haría efectiva cuando la situación extremadamente delicada ya que la **recomendación principal de John Simon y sus colaboradores es que la administración del país debe ser confiada a gobiernos integrados por los elementos más representativos de la nación, responsables ante las cámaras.**

Otro problema que reviste gran importancia es el concerniente al control del ejército que según las investigaciones practicadas por la Comisión Simon no puede depender de una legislatura, ya que no existe un cuerpo bien disciplinado de oficiales hindús que pueda hacerse cargo de la dirección de éste.

John Simon sugiere que el ejército anglo-hindú dependa del Virrey que sería en este caso el representante del Imperio y no el jefe del gobierno de la India, siendo asesorado por el comandante en jefe del ejército que perdería su calidad de miembro del gobierno hindú.

El informe de la comisión contiene otras conclusiones como ser

las que se refieren a la conservación de los electorados comunales para musulmanes, sikhs y europeos, la reducción del área de los distritos electorales, el abandono de la elección directa para la legislatura central, cuyos miembros constituirían en lo futuro la asamblea federal, que serán elegidos por los de los consejos legislativos provinciales de acuerdo con el sistema de la representación proporcional.

Estas son las recomendaciones que hace la Comisión Simon en su informe y que son las que actualmente se encuentran en discusión en la Conferencia de Mesa Redonda, a la cual han concurrido representantes de todas las tendencias y esferas de la India.

No solamente se analiza el informe de la Comisión Simon sino que también el de Nehru, el del Comité de los Estados hindús y el de Muddiman.

No hace poco la conferencia de Mesa Redonda acaba de poner término a sus labores con el discurso de Mr. Mac Donald en que expone los puntos de vista de la política inglesa en la India, que concuerda en que **"el Gobierno central debe ser una federación Pan-India que comprenda a los estados indios y a la India Británica, en una legislatura bi-cameral"**.

Es de esperar que no tardará mucho el Parlamento británico en promulgar la **nueva constitución de la India** que según las expresiones del jefe del gabinete inglés, ha de **"borrar las huellas de un período de incompresión y acercar a dos pueblos que por sus tradiciones están destinados a ser amigos"**.

Jorge Matta Correa.

